LA

ADELIN

4

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

Russell P. Sebold
DONACIÓN

DRPS
FA
1355

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitària
0500757239

LA

ADELIN

4

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRFS FA/1355 V.Y
0600757239

ADELINA.

Imprenta de I. Sancha; calle de la
Concepcion Gerónima, n.º 31.

Imprenta de I. Sancha; calle de la Concepcion Gerónima, n.º 31.

¿Es ya la ultima vez que contemplo este rostro? exclamá Feodoro.

T. 4 P.ª 118.

ADELINA,

Ó

LA ABADÍA EN LA SELVA.

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA EN INGLÉS

POR

Mis Ana de Radcliff,

Autora de *Julia ó los Subterráneos del Castillo de Mazini* y de otras muchas obras.

LA PUBLICA EN ESPAÑOL

D. Santiago de Alvarado y de la Peña,

Escribano de S. M. y del Ilustre Colegio de Madrid, Traductor y Reformador de la Enciclopedia de la Juventud: *Autor de los* Elementos de la Historia general de España desde el Diluvio al año de 1826. *Editor de otras varias obras de jurisprudencia y literarias.*

TOMO IV.

MADRID:

Se hallará en la librería de RAZOLA, calle de la Concepcion Gerónima, n.° 3.

1830.

Guillermo [illegible] Garrelo

ADELINA,

ó

LA ABADÍA EN LA SELVA.

CAPITULO PRIMERO.

Adelina á favor de un buen temperamento y de los tiernos cuidados de los buenos amigos, en el espacio de una semana se halló bastante fuerte para poder dejar su cuarto. Fue presentada á Laluc á quien vió derramando lágrimas de reconocimiento. Le dió gracias por su bondad, con tanta espresion, y al mismo tiempo con tal sencillez, que le interesó mas, si era posible interesarle todavia mas, en su favor. Durante el curso de su convalecencia la dulzura de sus acciones la habian ganado enteramente el corazon de Clara é inspirado mucho interés á su tia. Lo que esta

última contaba que hacía Adelina y los elogios que la daba Clara, habian escitado al mismo tiempo la estimacion y la curiosidad de Laluc; éste la recibió con una espresion de benevolencia que atrajo la paz y el consuelo en su corazon. Habia instruido á la señora Laluc de muchas particularidades de su historia, que Pedro, ó por ignorancia ó por descuido, no la habia comunicado, suprimiendo, quizá por una falsa delicadeza, la confesion de su pasion por Teodoro. Estas circunstancias se habian contado á Laluc, que siempre sensible á las desgracias de los demás, se interesó particularmente en las penas estraordinarias de Adelina.

Hacía cerca de quince dias que ésta se hallaba en su casa, cuando una mañana Laluc deseó hablarla en particular. Adelina le siguió á su gabinete, y entonces él la dijo del modo mas delicado que como habia sido desgraciada con su padre, deseaba que le mirase en lo sucesivo como tal y su casa como la suya. "Vos y Clara sereis igualmente mis hijas, añadió, y yo me contemplaré por muy feliz en poseer semejantes hijas." Violentas emociones de sorpresa y de reconocimiento

impidieron durante algun tiempo á Adelina el proferir una sola palabra. "No me deis gracias algunas, dijo Laluc; comprendo todo lo que quereis decirme: sé tambien que no hago mas que mi deber, y doy gracias á Dios de haberme proporcionado este gran placer reunido con mi mismo deber." Adelina enjugó las lágrimas que habia escitado su bondad y se preparaba á hablar; pero Laluc la apretó la mano, y volviendo la cara para ocultar su conmocion salió del cuarto.

Adelina fue desde entonces mirada como parte integrante de la familia; y habria hallado su felicidad en la ternura paternal de Laluc, en el afecto de Clara y en las atenciones constantes de la señora Laluc si sus continuas inquietudes por la suerte de Teodoro, del cual tenia menos esperanzas que nunca de adquirir noticias en esta soledad, no la hubiesen inquietado interiormente y llenado de amargura todos sus momentos de reflexion. Aun en los instantes que el sueño borraba por algun tiempo la memoria de lo pasado, su imágen se presentaba frecuentemente á su espíritu acompañada de todas las espresiones del terror. Le veia entre los hier-

ros, confundido entre los mas viles malhechores, con todo el aparato terrible de los criminales; veia todo el dolor de sus miradas, y le oia repetir su nombre con los acentos de la desesperacion, hasta que el horror de la escena oprimiéndola en el último estremo, la despertaba llena de sobresalto.

Una igualdad de gustos y de caráctes la unia á Clara; sin embargo el dolor que la consumia era de una naturaleza demasiado delicada para que le descubriese, y jamás habia hecho mencion de Teodoro, aun á su amiga. Su enfermedad la habia dejado lánguida y débil, y la anxiedad continua de su alma contribuia á prolongar esta situacion. Se esforzaba por todos los medios imaginables á separar sus pensamientos de este triste objeto que era la causa de ellos, y algunas veces lo conseguia. Laluc tenia una bella biblioteca, y las instrucciones que podian hallarse en ella satisfacian á un mismo tiempo su amor á la ciencia, y apartaban de su imaginacion los penosos recuerdos. Su conversacion era tambien para ella otro recurso contra el pesar.

Pero su principal diversion era recorrer las escenas sublimes del pais circunvecino, algunas veces con Clara, pero mas frecuentemente sin otra compañía que la de un libro. Habia en efecto ciertos momentos en que la conversacion de su amiga la imponia una penosa reserva; en vez de que cuando se abandonaba á sus reflexiones, preferia ir sola á situarse en medio de las escenas cuya grandeza solitaria aliviaban la tristeza de su corazon. Alli se pintaba toda la conducta de su querido Teodoro; se esforzaba á recordar su figura, su semblante y sus modales: algunas veces esta memoria la hacía tambien verter lágrimas; y entonces, reflexionando que habria ya sufrido una muerte ignominiosa por ella, á consecuencia de las acciones que la habian probado su amor, el desconsuelo, mezclado con algun tanto de desesperacion terrible, se apoderaba de su alma, que deteniendo el curso de sus lágrimas amenazaba á romper todos los limites que el valor y la razon podian oponerla.

Temiendo entonces abandonarse á sus propios pensamientos, volvia precipitadamente á casa, y por un esfuerzo heróico trataba de perder la memoria de lo pasado

en la conversacion de Laluc. Cuando éste observaba su melancolía, la atribuia á un sentimiento del cruel trato que habia recibido de su padre; circunstancia que escitando su compasion, la hacía aun mucho mas amada á su alma. Mientras el amor que la manifestaba en sus momentos mas tranquilos y la conversacion racional que la dirigia, la suministraban una nueva fuente de diversion, cultivando un espíritu ardiente por adquirir la ciencia y susceptible de todas las impresiones del talento, hallaba un placer melancólico en escuchar las tiernas sonatas que Clara tocaba en su laud, y ademas aliviaba muchas veces su espíritu repitiendo las que ya habia oido.

La delicadeza de sus acciones tan análoga al carácter pensador de Laluc, encantaban el corazon de este buen anciano y le inspiraba hácia ella una ternura que consolaba á esta desgraciada, que no tardó en ganar toda su confianza y afecto. Veia con pesar la decadencia de su salud, y reunia todos sus esfuerzos y los de su familia para divertirla y distraerla.

La agradable sociedad de que gozaba Adelina, y la tranquilidad del pais, volvieron al fin la calma á su espíritu agitado. Ya entonces conocia todos los paseos silvestres de las montañas vecinas, y jamás se cansaba de contemplar su sublime grandeza. En sus paseos solitarios casi siempre llevaba un libro consigo, á fin de que si sus pensamientos se fijaban sobre el único objeto de su dolor, pudiese hacerlo recaer hácia otro menos peligroso para su tranquilidad. Habia hecho grandes progresos en la lengua inglesa cuando estuvo en el convento durante su educacion, y las instrucciones de Laluc, que sabia perfectamente esta lengua, contribuyeron á perfeccionarla en ella. Tenia éste cierta parcialidad por los ingleses, y su biblioteca contenia una coleccion de sus mejores autores, y particularmente de sus filósofos y poetas. Adelina notó que ningun género de literatura era mas á propósito para distraer su espíritu de la contemplacion de sus desgracias que la poesía sublime, y su gusto no tardó en hacerla ver cuán superiores eran los ingleses en este género á los franceses. La índole de la lengua quizá mas que el de la Nacion, si puede admitirse una distincion semejante, era la causa de esto.

Una tarde mientras que Clara se ha-

llaba ocupada en la casa, Adelina caminaba sola en un lugar que le era muy favorito en medio de las rocas que circunvalaban el lago. Cuando se entregaba á las delicias de la contemplacion de este magnífico espectáculo, oye el sonido de una trompa de caza, y echando la vista sobre el lago, descubrió á cierta distancia un barquichuelo. Como este espectáculo no era entonces comun en aquella soledad, imaginó seria una compañía de estranjeros atraidos únicamente por el objeto de ver las escenas magestuosas del pais, ó quizá algunos ginebrinos que desearian divertirse en un lago tan magestuoso como el suyo, aunque no fuese de una grande extension; y esta última conjetura era demasiado exacta. Prestando el oido á los sones encantadores de la trompa, que se perdian insensiblemente á lo lejos, la escena la pareció mas atractiva, y no pudo resistir á la tentacion de pintar en varios versos unos objetos que la representaban tantos encantos, con lo cual pasó unos momentos deliciosos en aquella tarde hasta que se retiró.

Laluc habia notado cuanto agradaban á Adelina las perspectivas del pais, y

deseando divertir su melancolía, que á pesar de sus esfuerzos no dejaba de manifestarse, resolvió hacerla ver otra escena diferente de aquellas á que hasta entonces se habia circunscrito. Se dispuso pues una partida á caballo para examinar mas de cerca las neveras; porque el ir á pié ofrecia muchas dificultades y una fatiga superior á las fuerzas de Laluc en el estado actual de su salud, como igualmente á las de Adelina. Ésta no estaba acostumbrada á ir sola á caballo, y los senderos montuosos por donde debia pasar hacian esta esperiencia muy peligrosa; pero sin embargo ocultó sus temores, que por otra parte no eran tan fuertes que fuesen capaces de hacerla renunciar á un placer tal como el que se la ofrecia.

Habiendo fijado el dia siguiente para esta escursion, Laluc y toda su familia se levantaron muy temprano, y despues de un ligero desayuno partieron para la nevera de Montanvert que estaba á muy pocas leguas de distancia. Pedro llevaba un cesto de provisiones, y el plan de la compañía era comer en algun sitio agradable. Es inútil describir el entusiasmo de Adelina, el contento pacífico de Laluc, y

los transportes de Clara á medida que las escenas de este pais pintoresco se presentaban á sus ojos; tan pronto envueltas en una grandeza sombría y obscura no ofrecian mas que rocas horribles y cataratas que se precipitaban desde sus cimas en los valles profundos y estrechos, por medio de los cuales corrian aguas espumosas que salian de ellas con impetuosidad para dirigirse á ciertos sitios inaccesibles á los mortales: tan pronto presentaban una apariencia menos agreste; los ásperos caracteres de la naturaleza estaban mezclados con la pompa de los vergeles y el verdor de los campos; y mientras que la nieve se congelaba sobre la cima de la montaña, la vid florecia á sus pies.

Empeñados en una conversacion interesante y arrastrados por la admiracion del pais, viajaron hasta el medio dia, y buscaron en seguida un sitio agradable para descansar y tomar algun refrigerio. Descubrieron á cierta distancia las ruinas de un edificio que en otro tiempo habia sido castillo. Estaba situado sobre la punta de una roca que dominaba un profundo valle, y sus torres desmanteladas y destruidas por el transcurso del tiempo, elevándose en me-

dio de los bosques de que, por decirlo así, se veian cubiertas, aumentaban la belleza pintoresca de la escena.

El edificio escitaba la curiosidad y convidaba al descanso -- Laluc y su comitiva se acercaron á él, se sentaron sobre la yerba á la sombra de algunos grandes árboles. Una abertura ó claro por medio de los bosques les permitia ver los Alpes á lo lejos. Reinaba el mas profundo silencio, y estuvieron por algun tiempo sumergidos en la meditacion. Adelina sentia una dulce satisfaccion que no habia esperimentado hacía largo tiempo: mirando á Laluc notó que corria una lágrima por sus megillas, al mismo tiempo que la elevacion de su alma estaba pintada sobre su rostro: entonces volvió los ojos llenos de tristeza hácia Clara é hizo un esfuerzo para reponerse.

"La calma y el aislamiento de esta perspectiva, dijo Adelina; estas montañas prodigiosas, la sombría grandeza de los bosques, como igualmente este monumento de gloria pasada sobre el cual la mano del tiempo se ha señalado tan fuertemente, derraman en el espíritu un entusiasmo sagrado, y escitan unas sensaciones verdaderamente sublimes."

Laluc iba á hablar; pero Pedro, acercándose, preguntó ¿sino seria mejor abrir el cesto, porque se imaginaba que el señor párroco y las jóvenes señoritas deberian tener mucha hambre despues de haber viajado tanto subiendo y bajando montañas sin comer? Todos reconocieron la verdad de esta asercion del buen Pedro, y aceptaron sus ofrecimientos.

Se estendieron pues los manteles sobre la yerba, y toda la compañía sentada bajo el dosel movedizo de las ramas, rodeada del suave perfume de las flores del campo, respiró el aire puro de los Alpes, que podria bien llamársele un espíritu de aire, é hizo una comida que constituian mas deliciosa todas las circunstancias que se reunian.

Luego que se levantaron para caminar, "no puedo, dijo Clara, dejar este lugar encantador. ¡Qué agradable seria el pasar su vida á la sombra de estos árboles con los amigos que amamos!" Laluc casi se sonrió con la sencillez romantica de esta idea; pero Adelina dió un profundo suspiro, porque se representaba la imágen de la felicidad y de Teodoro, y se volvió para ocultar sus lágrimas.

Se pusieron otra vez á caballo, y muy

luego llegaron al pie del Moutanvert. No puede espresarse las sensaciones de Adelina al contemplar bajo diferentes puntos de vista los admirables objetos de que estaba rodeada, y todos se hallaban demasiado afectados para poder gozar de la conversacion. El profundo silencio que reinaba en estas soledades inspiraba el terror y aumentaba algun tanto lo sublime de la perspectiva.

"Parece, dijo Adelina, que caminamos sobre las ruinas del mundo, y que somos las únicas personas que hemos escapado del gran naufragio, costando trabajo persuadirnos que no somos los únicos habitantes sobre la superficie del Globo."

—"La vista de estos objetos, dijo Laluc, eleva el alma hácia el Criador, y contemplamos con sentimientos superiores á la humanidad la magestad de su sabiduría en la grandeza de sus obras." Laluc levantó sus ojos bañados de lágrimas hasta el cielo, y estuvo algunos momentos en un éxtasis de adoracion.

Dejaron estas escenas con mucho sentimiento; pero la hora del dia y la apariencia de las nubes que parecian amena-

zar una tempestad, les hicieron apresurar su partida: sin embargo, Adelina casi hubiera deseado ver los formidables efectos del rayo en estas regiones.

Volvieron pues á Leloncourt por otro camino, y la sombra de los precipicios, suspendidos sobre sus cabezas, se aumentaba por la obscuridad de la atmósfera. Era ya de noche cuando descubrieron el lago, y esta vista les causó el mayòr placer, porque la tempestad que amenazaba hacía largo tiempo, se avanzaba entonces á largos pasos. El trueno resonaba en medio de los Alpes, y los negros vapores que corrian hácia donde resonaba la tempestad les daba una magestad mas imponente. Laluc hubiera querido redoblar el paso; pero como el camino daba muchas vueltas por el lado escarpado de la montaña, era menester caminar con mucha precaucion. El aire que se obscurecia y los relámpagos que cubrian el horizonte principiaron á atemorizar á Clara; pero ocultó el terror por no dar sentimiento á su padre: en este momento estalló sobre sus cabezas un trueno que parecia conmover todos los cimientos del Globo, y resonó de un modo terrible

en las montañas del rededor. Este ruido espantó el caballo de Clara que la arrebató con una rapidez admirable por bajo de la montaña hácia el lago cuyo pie bañaba. No hay poder en el hombre para descubrir las congojas de Laluc: la seguia con los ojos esperando continuamente verla hecha pedazos en el fondo del precipicio horroroso que circundaba el camino.

Clara se mantuvo firme sobre el caballo; pero el terror la habia privado casi de sus sentidos: sus esfuerzos para su conservacion eran casi maquinales, porque apenas sabia lo que se hacia: sin embargo, el caballo la condujo sin accidente hasta el pie de la montaña, pero corria hácia el lago, cuando un viagero que pasaba le cogió por la brida. Este movimiento repentino arrojó á Clara en tierra, escapándose el caballo de las manos del estrangero y precipitándose en el lago. La violencia de la caida la aturdió; pero el viagero se esforzó á levantarla mientras que su criado iba á buscar agua: Clara no tardó en recobrar el uso de sus sentidos, y abriendo los ojos se halló en brazos de un hombre que parecia sostenerla con dificultad. La

compasion pintada sobre su semblante cuando se informó de su salud, reanimó sus espíritus, y ya se preparaba á darle las gracias cuando llegaron Laluc y Adelina. Clara observó el terror pintado en el rostro de su padre; y á pesar de lo débil que se encontraba, trató de levantarse y dijo con una sonrisa forzada, mas propia para hacer conocer que para ocultar sus dolores, "mi querido papá no me he hecho ningun mal." La palidez de sus facciones y la sangre que corria por sus mejillas desmentian sus palabras; pero Laluc, á quien su terror habia hecho temer el mayor de los males, se alegró de oirla hablar: reanimó su presencia de espíritu, y mientras que Adelina hacia uso de su frasquito de olor, él la mojó las sienes.

Luego que se halló un poco repuesta le contó las obligaciones que debia al estrangero: Laluc quiso manifestarle su reconocimiento; pero el estrangero le interrumpió y le suplicó no le diese gracias algunas por haber seguido un impulso ordinario de humanidad.

No estaban ya entonces muy distantes de Leloncourt; pero la noche estendia su

sombrío velo y el trueno resonaba ya en las montañas. Laluc no sabia cómo conducir á Clara á casa.

Esforzándose en levantarla el estrangero, habia dejado ver un síntoma de dolor tan evidente, que Laluc le preguntó si se hallaba incomodado. La sacudida que el caballo habia dado al brazo del caballero al escaparse de sus manos le habia maltratado la espalda, y casi no podia servirse de su brazo: padecia considerablemente, y Laluc, vuelto del temor que habia tenido por su hija, se afligió vivamente de este acontecimiento, y le instó para que viniese con él hasta el lugar donde podia proporcionarle socorros. El estrangero aceptó esta invitacion; y en efecto, habiendo montado á Clara sobre un caballo, conducido por su padre, volvieron todos á casa. Luego que la señora Laluc, que hacia largo tiempo esperaba á su hermano, advirtió que se acercaba la cabalgata, se asustó, y sus temores se confirmaron cuando vió el estado de su sobrina. Laluc hubiera querido enviar á buscar un cirujano; pero no habia ninguno sino á algunas leguas del lugar, ni tampoco se hallaba ningun médico mas cerca.

Adelina ayudó á Clara á subir á su cuarto, donde la señora de Laluc examinó sus heridas. El resultado de este exámen volvió la paz á toda la familia; porque aunque se hallaba bastante contusa no tenia ningun golpe peligroso, y solo una pequeña descalabradura en la frente habia ocasionado la sangre que atemorizó en un principio á Laluc. Su hermana emprendió la curacion de su sobrina, y dentro de pocos dias la consiguió por medio de un bálsamo que ella misma componia, y sobre cuyas virtudes se estendia con mucha elocuencia, hasta que fue interrumpida por Laluc que la hizo recordar el estado de su enferma.

La señora Laluc despues de haber lavado las llagas de Clara y haberla dado un cordial de una virtud *sin igual*, la dejó entregada á los cuidados de Adelina, que permaneció en su cuarto hasta la hora de acostarse. Laluc, cuyo ánimo se habia turbado terriblemente, estaba ya tranquilo por la relacion de su hermana con respecto á Clara. La presentó el estrangero, y despues de haber hecho mencion del accidente que le habia sucedido, deseó que tambien le administrase al momento socorros.

Madama Laluc voló hácia su gabinete, y no sé si la afectó mas el padecer del huésped que el placer de tener una ocasion de desplegar sus conocimientos en el arte de la medicina: volvió al momento con un frasquito de su bálsamo *sin igual*; y despues de haberle dado instrucciones sobre el modo de usar de él, dejó entregado el estrangero al cuidado de su criado.

Laluc insistió en que el caballero de Verneuil, tal era el nombre del desconocido, pasase la noche en la casa, lo que aceptó de buena voluntad. Sus modales durante la noche fueron tan francos y tan espresivos, cuanto la hospitalidad y el reconocimiento de Laluc eran sínceros, y no tardaron en trabar una conversacion interesante. El señor Verneuil hablaba como un hombre que habia visto mucho y reflexionado mas: cuando mostraba alguna preocupacion en sus opiniones, eran las preocupaciones de un talento que habiendo observado los objetos con los ojos de la probidad, les daba un viso de sus cualidades dominantes. Laluc estaba muy satisfecho, porque en su situacion aislada casi no tenia ocasion de gustar

del placer que resulta de la comunicacion de dos seres inteligentes. Notó que el señor Verneuil habia viajado: Laluc le habia hecho algunas preguntas sobre la Inglaterra, y tuvieron una conversacion sobre el carácter nacional de los franceses y de los ingleses, que se prolongó hasta muy entrada la noche, pero que nosotros nos dispensaremos de referirla aquí.

CAPITULO SEGUNDO.

Habia el sueño restablecido á Clara de tal modo, que cuando Adelina, impaciente por conocer el estado de su salud, se dirigió por la mañana á su cuarto, la halló levantada y pronta á venir á desayunarse con el resto de la familia. El señor Verneuil compareció tambien; pero sus ojos anunciaban que habia descansado poco: su brazo en efecto le habia causado unos dolores tan violentos durante la noche, que habia necesitado tener mucha resolucion para sufrirlos en silencio: se manifestaba algun tanto de inflamacion, gracias al bálsamo de la señora Laluc que en este caso habia obrado en sentido contrario. Todos se interesaron en su padecer; y la señora, por conformarse con el deseo de Verneuil, abandonó su bálsamo para sustituir á él una cataplasma.

Este último remedio le hizo esperimentar dentro de poco tiempo algun alivio, y volvió á juntarse con la familia al desayuno con un aire mas tranquilo. El placer que

sentia Laluc de ver á su hija fuera de peligro se manifestaba sobre su semblante; pero no sabia como acreditar su reconocimiento á su conservador. Clara espresaba las emociones naturales de su corazon con una energía modesta y sin artificio, y manifestaba cuanto sentia los dolores que padecia el señor Verneuil.

El placer que recibia Laluc de la compañía de su huésped, y la consideracion del servicio esencial que este último le habia hecho, unidos á su hospitalidad natural, hicieron que instase á aquel para que pasase algunos dias en su casa. El señor Verneuil, que en el momento de encontrar á Laluc, viajaba desde Ginebra á una parte lejana de la Saboya, únicamente por ver el pais, estaba demasiado encantado de su huésped y de todo lo que le rodeaba, para que no aceptase voluntariamente tal invitacion. En estas circunstancias la prudencia se reunia á sus inclinaciones; porque hubiera sido peligroso para él, y aun quizá imposible, el continuar su viaje á caballo en el estado en que se encontraba.

Este estranjero era un hombre de cerca de treinta y seis años, de una figura varonil; el aspecto franco y agradable;

de una vista penetrante, cuyo fuego se moderaba por la benevolencia y descubria los principales rasgos de su carácter: propenso á conocer las locuras del género humano, tenia bastante generosidad para escusarlas, y aunque ninguno fuese mas sensible que él á un insulto, tampoco nadie se veia mas pronto á admitir las escusas de un adversario.

Era francés de nacion: una hacienda, que hacia poco habia heredado, le puso en disposicion de ejecutar el plan que su espíritu ansioso de investigaciones le habia sugerido de visitar las partes mas notables de la Europa: amaba particularmente lo bello y lo sublime de la naturaleza: la Suiza y los paises circunvecinos le habian parecido los mas á propósito para satisfacer semejante gusto, y con efecto habia encontrado las escenas que se le habian ofrecido á la vista muy superiores á todo lo que su imaginacion ardiente le habia figurado: veia pues con los ojos de un pintor y sentia con el alma de un poeta.

En la habitacion de Laluc habia hallado hospitalidad, franqueza y la sencillez tan análoga al pais: habia hallado en su huésped venerable la firmeza y la filosofía reunidas

á los sentimientos mas puros de la humanidad; una filosofía que le habia enseñado á corregir sus sensaciones y no á aniquilarlas: en Clara el primor de la belleza reunido á la mas perfecta sencillez de corazon; y en Adelina todos los encantos de la elegancia y de las gracias con un talento propio de la mejor educacion. En el cuadro de esta familia la benevolencia de la señora Laluc no estaba tampoco olvidada: el contento y la armonía que reinaba en esta casa eran deliciosos; pero la filantropía que tomaba su orígen en el corazon del buen párroco, se habia derramado en el lugar, y reunido á todos los habitantes con los mas tiernos vínculos del pacto social, tenia cierta cosa de divina: la belleza de la situacion contribuia con estas circunstancias á hacer, por decirlo así, á Leloncourt un paraiso terrenal. El señor Verneuil suspiró al pensar que era preciso dejarle muy pronto. "No debo ir á buscar mas lejos la felicidad, dijo, porque aquí la felicidad y la sabiduría se hallan reunidas."

Despues de haber pasado una semana en la casa, el señor Verneuil se despidió de Laluc y de su familia. Era necesario, pues, separarse; pero sin embargo se le hizo pro-

meter que cuando volviese á Ginebra pasaria por Leloncourt. Al recibir esta promesa, Adelina que hacia algun tiempo advertia declinar la salud de Laluc, miró tristemente su rostro lánguido, é hizo una secreta oracion para que pudiese vivir bastante tiempo, á fin de recibir la visita del señor Verneuil. La señora Laluc fue la única persona que no sintió su partida, porque veia que los esfuerzos de su hermano para agasajar al huésped, eran superiores á sus fuerzas; y asi se gozaba de la tranquilidad á que iba de nuevo á entregarse.

Pero esta tranquilidad no impidió á Laluc de caer enfermo: el desórden de su salud tomó en poco tiempo un aspecto muy sério: cediendo á las súplicas de su familia fue á Ginebra para consultar un facultativo, que le recomendó mucho tomase los aires de Nizza.

Semejante viaje era no obstante muy largo; y creyendo su vida en un estado demasiado precario, dudó algun tiempo de si lo haria. No queria tampoco abandonar los deberes de su Parroquia por un tiempo tan considerable como el que podria exigir el restablecimiento de su salud: y sus feligreses que conocian el precio de la vida de su

Pastor, fueron en cuerpo á solicitar los dejase durante algun tiempo..... El buen anciano no pudo menos de agradecer esta prueba de su adhesion: una prueba de estimacion tan evidente junta á las súplicas de su familia, y la consideracion de que era un deber suyo el prolongar su vida tanto cuanto fuese posible con respecto á ella, eran unos motivos demasiado poderosos para poder resistir por mas tiempo, y al fin se determinó á partir para Italia.

Se acordó que Clara y Adelina, cuya salud segun la opinion de Laluc necesitaba tambien mudar de aires y de situacion le acompañarian, y que Pedro les seguiria.

El dia de la partida, un gran número de sus feligreses se reunió alrededor de su puerta para despedirse: era seguramente una escena bien tierna, porque podria dudarse que tal vez no se volverian á ver: en fin, Laluc, despues de haber enjugado las lágrimas que corrian por sus mejillas, dijo: "tengamos confianza en Dios, queridos amigos mios; él tiene el poder de curar los enfermos del cuerpo y del espíritu: nos volveremos á ver, sino en este mundo, á lo menos en otro mejor, como lo espero: tratemos, pues, por nuestra conducta de merecer este mejor mundo."

Los suspiros de los feligreses no les permitieron replicar; no habia ninguno que no vertiese lágrimas, porque entonces casi todos estaban reunidos á la presencia de Laluc. Este tomó á cada uno la mano: "á Dios, amigos mios, les dijo, nos volveremos á ver." -- Dios lo quiera; esclamaron todos.

En seguida montó á caballo, y Clara y Adelina, estando prontas, se despidieron de la señora Laluc y dejaron la casa.

Laluc y su pequeña comitiva avanzaron poco á poco sumergidos en el silencio, demasiado agradable para ser tan pronto interrumpido, y al cual se abandonaron sin temor. La grandeza solitaria de las perspectivas, por medio de las cuales pasaban, y el dulce murmullo de los árboles que agitaban sus altas cimas, contribuian mas y mas al placer de la meditacion. Caminaron á cortas jornadas; y despues de haber viajado durante algunos dias por medio de las montañas románticas y de los valles campestres del Piamonte, llegaron al fin al rico condado de Nizza.

El dia tocaba á su fin, cuando los viajeros, doblando un ángulo de la cadena de

los Alpes que corona el anfiteatro de que está rodeada Nizza, descubrieron las verdes colinas que bajan hasta la ciudad, su antiguo castillo, y las vastas aguas del Mediterráneo con las montañas de Córcega á la mayor distancia: tal espectáculo era bien capaz de escitar la admiracion en todas las almas; pero para Adelina y Clara la novedad y el entusiasmo le daban todavía nuevos encantos: el aire suave y saludable que se sentia pareció aplaudir la llegada de Laluc á esta deliciosa region, y la serenidad de la atmósfera parecia igualmente prometerle un estío perpetuo. Bajaron en fin á la pequeña llanura en donde está situada la ciudad de Nizza, que es la mayor estension de terreno llano que hasta entonces habian encontrado desde su entrada en Italia.

Adelina notó que los habitantes de estas fértiles comarcas tenian los rostros consumidos y el semblante descontento; triste contraste con la superficie del pais, y lamentó los funestos efectos de un gobierno arbitrario en que las riquezas de la naturaleza destinadas para todos los habitantes se convierten en provecho de algunos individuos, mientras que el mayor número muere de hambre en medio de la abundancia.

La ciudad perdió mucho de su belleza cuando se acercaron á ella: sus calles estrechas y sus tristes casas, apenas correspondian á lo que parecia prometer la vista lejana de sus murallas y su puerto lleno de navíos. La apariencia de la posada en que Laluc se apeó, tampoco contribuyó mucho á darles mayor satisfaccion; pero lo que hizo que se sorprendiesen mas, fue el hallar tan pocas comodidades en una ciudad célebre por el número de enfermos que se refugian en ella de todas partes de la Europa, y aun mas se sorprendió cuando supieron la dificultad de proporcionarse habitacion amueblada. Despues de muchas investigaciones halló Laluc alojamiento en una casa, pequeña á la verdad, pero muy agradable, situada á poca distancia de la ciudad: tenia un jardin y un terrado desde el cual se descubria el mar, y era notable por su aspecto de limpieza poco comun en las casas de Nizza. Se convino tambien en comer con la familia, en la cual se hallaban otros dos pensionistas hombre y muger, y de este modo se vino á hacer habitante momentáneo de estos bellos sitios.

El dia siguiente por la mañana Adelina se levantó muy temprano para satisfacer de

nuevo la sublime sensacion que la inspiraba la vista del mar, y fue con Clara hácia las colinas que ofrecian una perspectiva mas estensa: caminaron algun tiempo por entre unos montecitos elevados, y al fin llegaron á una eminencia, desde la cual el cielo, la tierra y el mar se presentaron á su vista en todo su esplendor.

Se sentaron al lado de una roca á la sombra de unos altos palmeros para contemplar despacio estas escenas magníficas: el Sol acababa de salir del Océano, sobre el cual sus rayos esparcian un diluvio de luz, dando mil colores variados á las aguas y á los vapores que se elevaban en los aires formando en seguida ligeras nubecillas, quedando las aguas de donde salian tan claras como el cristal, escepto en los lugares en que las ondas espumosas se quebrantaban contra las rocas, y dejaban ver á lo lejos las velas blancas de los pescadores y las montañas de Córcega cubiertas de un azul celeste claro. Al cabo de algun tiempo Clara sacó su lapicero; pero poco despues le arrojó con despecho movida sin duda de los pensamientos que agitaban su corazon: Adelina volviéndose por otro camino retrocedió luego que sus sentidos no estuvieron

tan absortos por la contemplacion de estas escenas; y mientras que su imágen se hallaba aun presente á su memoria, repitió ciertos versos que sabia en que se pintaba la salida del sol en toda su magnificencia.

Laluc en sus paseos encontró algunos compañeros sensatos y agradables que como él habian venido á Nizza para buscar allí la salud. Entre otros halló un francés, cuyos modales sencillos é interesante melancolía habian atraido particularmente la atencion de Laluc. Rara vez hacia mencion de sí mismo, ó de alguna circunstancia que pudiese conducir al descubrimiento de su familia; pero en lugar de esto hablaba con franqueza y con mucha inteligencia. Laluc le habia convidado muchas veces á que viniese á su casa; pero siempre se habia negado á esta invitacion, y esto de una manera tan amable que era imposible ofenderse, lo que habia hecho persuadir á Laluc que su negativa provenia de cierto abatimiento de espíritu que no le permitia vivir en reunion.

La descripcion que Laluc habia hecho de este estrangero escitó la curiosidad de Clara, y la simpatía que los desgraciados sienten unos por otros, conmovió la pie-

dad de Adelina; porque no podia dudar de que fuese desgraciado: volviendo un dia del paseo Laluc les manifestó este individuo, y redobló el paso para detenerle: Adelina por un momento se vió tentada á seguirle; pero su delicadeza la detuvo. Sabia cuán penoso era á un espíritu turbado la presencia de un estrangero; tomó pues otro camino; pero la casualidad hizo algunos dias despues lo que su delicadeza la habia impedido entonces hacer; porque Laluc introdujo al incógnito en su habitacion. Adelina le recibió con una dulce sonrisa esforzándose á hacer desaparecer la espresion de piedad que involuntariamente se veia esparcida sobre su semblante; porque no hubiera querido mostrar que conocia era desgraciado.

Despues de esta entrevista el estrangero ya no desechó las invitaciones de Laluc; antes al contrario le hizo frecuentes visitas y acompañó muchas veces á Adelina y Clara en sus escursiones. La amena y síncera conversacion de la primera parecia aliviar sus penas y hablaba en su presencia con una vivacidad que Laluc no habia notado hasta entonces en él. Adelina esperimentaba tambien, por la semejanza de sus

gustos en la conversacion sensible del incógnito, un grado de satisfaccion que contribuia (con la compasion que espresaba su abatimiento) á ganar su confianza, y conversaba con un placer que no la era ordinario.

Sus visitas se hicieron muy pronto mas frecuentes: se paseaba con Laluc y su familia; los acompañaba en sus pequeños viages para visitar los restos magníficos de la antigüedad romana que aun se hallan en las cercanías de Nizza: cuando las señoras se quedaban en casa distraia su trabajo por la lectura; y tuvieron la satisfaccion de notar que en cierto modo se habia desecho de la profunda melancolía de que estaba oprimido.

El señor Amand (tal era el nombre de este estrangero) amaba con pasion la música; Clara no se habia olvidado de llevar consigo su laud, y lo tocaba algunas veces: sus cuerdas daban unos sonidos armoniosos y melancólicos; pero jamás se pudo empeñar á aquel á que tocase: cuando Adelina ó Clara lo hacian él caia en una profunda distraccion, y parecia insensible á todos los objetos que le rodeaban, escepto cuando volvia los ojos hácia Ade-

lina, á quien contemplaba con un triste silencio, escapándosele algunas veces un suspiro.

Una tarde, habiendo quedado Adelina en casa, mientras que Laluc y Clara habian ido á visitar una familia de la vecindad, pasó á un terrado del jardin que daba al mar, y considerando el esplendor tranquilo del Sol poniente y la reverberacion de sus rayos sobre la llana superficie de las aguas, tocó su laud, y cantó unos versos que en otro tiempo habia escrito despues de haber leido *el sueño de una noche de Estío*, rica ficcion del genio sublime de Shakespeare.

Adelina dejó de cantar; al momento oyó repetir ciertos versos por una dulce voz; y volviendo los ojos hácia el lado de donde salia descubrió al señor Amand. Se avergonzó; y dejando su laud, éste le tomó al instante, y con una mano trémula tocó y cantó ciertos hermosos versos con una voz melodiosa y llena de sensibilidad.

Despues que concluyó, el señor Amand se detuvo y pareció por un instante algun tanto sofocado: al fin vertió un torrente de lágrimas, dejó el instrumento y se retiró precipitadamente hácia el otro estremo del terrado. Adelina, sin aparentar que notaba su afliccion, se levantó, se apoyó contra la pared, al pie de la cual se hallaba un grupo de pescadores muy ocupados en sacar una red. Despues de algunos momentos volvió el señor Amand con semblante mas compuesto y mas tranquilo. "Perdonad, señora esta estraña conducta, dijo, porque no puedo escusarla sino confesándoos la causa." "Cuando sepais, señora, que mis lágrimas corren por la memoria de una muger que se os parecia mucho, y que la he perdido para siempre, no podreis menos de compadecerme." La voz le faltó y se detuvo. Adelina guardaba silencio. "El laud, añadió, era su instrumento favorito, y cuando habeis tocado en él tan tristes acentos, me parecia que se hallaba delante de mí. Pero ¡ah! ¿por qué os atormento con el conocimiento de mis penas? Ella ya no existe; se ha separado de mí para siempre! vos Adelina..... vos....." Aquí se interrumpió, y arrojando sobre ella una mirada de interés, notó en sus ojos un desórden que la asustó. "Esta especie de recuerdos son demasiado dolorosos, dijo ella: volvamos á casa, porque el señor Laluc

probablemente estará ya de vuelta. — ¡Oh, no! replicó el señor Amand, no, este viento me refresca y me consuela. ¡Cuántas veces á semejantes horas he conversado con ella como converso actualmente con vos! Tales eran los dulces acentos de su voz..... tal era la espresion indecible de su rostro." Adelina le interrumpió. "Permitidme representaros el estado de vuestra salud..... el sereno no es bueno para los enfermos." Amand permanecia con las manos juntas, y parecia no oir estas palabras. Adelina tomó el laud para irse con él, pasando suavemente sus dedos por las cuerdas; pero este sonido hizo volver á Amand en sí mismo: levantó los ojos y los fijó por algun tiempo en los de aquella en un éxtasis de admiracion. "Es preciso que os deje, dijo Adelina sonriéndose y en actitud de marcharse." — Yo os suplico que toqueis todavía una vez la sonata que acabo de oir, dijo el señor Amand con una voz precipitada. — "Seguramente;" y principió á tocar. Él se apoyó contra un palmero en una postura de profunda atencion, y á medida que los sones se perdian en los aires, su rostro se despojaba de su espresion estraviada y se deshacia en lágrimas. Continuó llorando en

silencio hasta que Adelina hubo dejado de cantar, y se pasó algun tiempo antes de poderla decir: "no puedo daros bastantes gracias por esta complacencia: mi alma ha recobrado su tranquilidad, y habeis aliviado un corazon herido: concededme un nuevo favor: prometedme que jamás hablareis de lo que habeis sido testigo esta tarde, y yo me esforzaré á no herir mas vuestra sensibilidad por la repeticion de semejante escena." Adelina le hizo la promesa que exigia, y el señor Amand, habiéndola apretado la mano, y arrojando sobre ella una mirada melancólica, dejó el jardin, y no le volvió á ver mas en toda la noche.

Habia ya cerca de quince dias que Laluc estaba en Nizza, y su salud en vez de mejorarse parecia mas bien declinar: sin embargo queria hacer una mas larga esperiencia del clima: los aires que no habian producido en él efecto alguno, habian restablecido á Adelina: la variedad y la novedad de las perspectivas de las cercanías divertian su espíritu aunque fuesen insuficientes para disipar la languidez de la melancolía; la compañía, desviando su atencion del objeto de su pesar, la hacia hallar un alivio pasagero; pero la violencia de sus esfuerzos la

dejaba en general mas oprimida; solo en la calma de la soledad y en la contemplacion tranquila de las bellezas de la naturaleza su espíritu recobraba su vigor, y su corazon se abria á algunos consuelos.

Acostumbraba levantarse muy temprano é ir á la ribera del mar para gozar de la frescura y el silencio de la mañana, de las bellezas de la naturaleza y á respirar el aire puro de la mar: todos los objetos parecian entonces encerrar en sí los mas vivos colores: el mar azulado, el cielo radiante, los barcos lejanos de los pescadores con la blancura de sus velas, y la voz de los marineros que atraian por intervalos las alas del viento eran circunstancias que reanimaban su espíritu, cediendo al gusto que siempre tenia por la poesía: cantaba varios y hermosos versos, y entre ellos unos que se titulaban "*Una mañana á orillas del mar*," con lo cual su corazon parecia esplayarse.

El señor Amand, despues de haber dado á conocer la causa de su pesar, estuvo muchos dias sin ver á Laluc: en fin, Adelina le encontró en uno de sus paseos solitarios en la ribera: estaba pálido, abatido, y parecia hallarse muy agitado. Cuando le

vió, trató de evitarle; pero Amand redobló el paso y la alcanzó: la dijo trataba de dejar á Nizza dentro de pocos dias. "El clima no me hace provecho alguno, añadió: ¡ay de mí! ¿Qué clima puede aliviar los males del corazon? Querria perder en una variedad de nuevas perspectivas la memoria de una felicidad pasada; pero hallo inútiles mis esfuerzos: en todas partes estoy inquieto y soy desgraciado." Adelina trató de animarle á que esperase otro tiempo mas feliz con la variacion tal vez de clima. "El tiempo borra las penas mas agudas del pesar, le dijo, y esto lo sé yo por esperiencia." No obstante, mientras ella hablaba, las lágrimas corrian de sus ojos, contradiciendo las palabras que salian de su boca. "¡Habeis sido desgraciada, Adelina! Sí..... lo he descubierto desde el primer punto que os he visto: la sonrisa de compasion que me concedisteis me convenció que sabiais lo que era padecer." El tono de desesperacion con que hablaba hizo temer á Adelina una escena semejante á la que habia presenciado últimamente, y por lo tanto le habló de otra cosa; pero él volvió al punto al mismo objeto. "¡Me decis que espere otro tiempo mas feliz.....! Mi esposa!..... ¡mi querida esposa!....." Las pala-

bras se amortiguaron en sus labios. "Hace actualmente muchos meses que la he perdido..... Sin embargo parece que fue ayer." Adelina se sonriyó tristemente. -- "Aun no podeis juzgar del efecto del tiempo le dijo; pero sin embargo debeis esperarlo todo de él." Amand meneó la cabeza como dudando de que pudiese sucederle así. -- "Pero yo os perturbo todavía con mis infortunios, dijo: perdonad este egoismo continuo. Hay en la piedad de las buenas almas un consuelo que no podria darle cualquiera otra cosa, sea la que fuese. Esto debe escusarme. ¿Podreis Adelina, no necesitar vos misma de otro tanto? ¡Ah! esas lágrimas." Adelina las enjugó: el señor Amand se abstuvo de instar mas sobre este objeto, y trabó al punto una conversacion sobre cosas indiferentes. Se volvieron á casa; pero habiendo salido Laluc, el señor Amand la dejó á la puerta. Adelina se retiró á su cuarto oprimida con sus propios pesares y los de su amable amigo.

Hacia cerca de tres semanas que estaban en Nizza, y la enfermedad de Laluc parecia mas bien ir en aumento que disminuirse: el médico le confesó francamente que casi tenia muy pocas esperanzas de me-

joría en este clima; y le aconsejó tratase de hacer un viaje por mar, añadiendo, que si con esta esperiencia no conseguia el objeto que se proponia, el aire de Montpeller era mas á propósito para aliviarle que el de Nizza. Laluc recibió este consejo desinteresado con una mezcla de reconocimiento y de pesar: las circunstancias que le habian causado tanta repugnancia de dejar la Saboya, le afligian aun mas al verse obligado á prolongar su ausencia y aumentar los gastos; pero los vínculos de afecto que le unian á su familia y el amor de la vida, que rara vez nos abandona, triunfaron sobre todas las consideraciones de segundo órden, y se determinó á atravesar las costas del Mediterráneo hasta el Languedoc, donde, si el viaje no correspondia á su esperanza, podia desembarcar é ir á Montpeller.

Luego que el señor Amand supo que Laluc trataba de dejar á Nizza dentro de pocos dias, resolvió no partir antes hasta que este lo hiciese: durante este intervalo no tuvo bastante resolucion para renunciar á la conversacion frecuente de Adelina, aunque su presencia, recordándole la memoria de su esposa, le daba mas pena que consuelo. Era hermano segundo de una antigua

familia de Francia: habia estado cerca de un año casado con una muger á la cual amó largo tiempo y habia muerto de parto, siguiendo el niño á su madre, y dejando á su desgraciado padre víctima del dolor, que atacó de tal modo su salud, que los médicos tuvieron por conveniente enviarle á Nizza. Sin embargo no esperimentó ningun alivio, y habia resuelto ir mas adentro de la Italia, aunque no hallase ya interés alguno en las escenas encantadoras, que en dias mas felices y con la que siempre lloraba le hubieran causado el mayor placer..... Ya no buscaba mas que divertir sus pensamientos, ó mas bien desviarlos de un objeto, que en otro tiempo habia hecho sus delicias.

Laluc, habiendo ordenado su plan, fletó un pequeño barco, y partió pocos dias despues con una débil esperanza, despidiéndose de las risueñas riberas de la Italia y los Alpes, buscando en un nuevo elemento la salud que hasta aquí se habia sustraido á todos sus deseos.

El señor Amand se despidió tristemente de sus nuevos amigos, á quienes acompañó hasta la orilla del mar. Cuando dió la mano á Adelina para ponerla á bordo, tenia el

corazon demasiado oprimido para decirla á Dios; pero permaneció largo tiempo sobre la ribera, siguiendo su curso por el agua con la vista y agitando su sombrero, hasta que sus lágrimas no le permitieron ya verla: el viento llevaba ligeramente la embarcacion á alta mar, y Adelina se vió rodeada de las aguas del Océano. La orilla parecia retirarse, y el grandor de las montañas se disminuia: los vivos colores del paisaje se confundian, y dentro de poco tiempo la figura del señor Amand desapareció. La ciudad de Nizza, su castillo y su puerto se desvanecieron igualmente á su vez, y no quedó mas que la púrpura de las montañas en las estremidades del horizonte. Al mirarlas Adelina suspiró; y con los ojos llenos de lágrimas, dijo: "asi se desvanece mi perspectiva de felicidad, y la que tengo del porvenir se parece á la inmensidad del Océano de que estoy rodeada." Tenia el corazon oprimido y se ocultó á los que podian observarla, retirándose á la parte mas oculta de la embarcacion, donde dió un libre curso á sus lágrimas, mirando al bajel hendir las espumosas ondas: el agua estaba tan clara que descubria los rayos del sol á una considerable profundidad, y los peces de to-

dos los colores que contemplaban la luz desde el medio de las ondas: un número inmenso de plantas marinas estendian sus hojas vigorosas sobre las rocas del fondo, y la riqueza de su verdor ofrecian un soberbio contraste con el rojo brillante del coral de que estaban entrelazadas.

La lejana costa desapareció al fin. Adelina contempló con la mas sublime emocion la inmensa estension de las aguas: la parecia hallarse en un nuevo mundo: la grandeza é inmensidad de esta vista la admiraba y confundia: dudó durante un momento de la realidad de la brújula, y creyó era imposible que el navío hallase ninguna orilla por medio de un mar sin límites; mas cuando reflexionó que no habia mas que una tabla entre ella y la muerte, una sensacion de horror dió lugar á la de lo sublime, y se apresuró á separar los ojos de la perspectiva y su pensamiento de este objeto.

CAPITULO TERCERO.

Hácia la tarde el capitan, para evitar los corsarios berberiscos, se dirigió á la costa de Francia, y Adelina á la luz del sol poniente descubrió las de la Provenza sembradas de árboles y de rico verdor. Laluc, débil y enfermo, se habia retirado al camarote donde Clara le cuidaba. El piloto asido del timon dirigia el navío por medio de las turbulentas olas. Un marinero con los brazos cruzados apoyado contra el mástil, cantaba de tiempo en tiempo algunas tristes coplas; de modo que estas eran las únicas personas que habia sobre cubierta escepto Adelina. Esta última contemplaba en silencio el poner del sol, que esparcia un color amarillento sobre las ondas, y las velas ligeramente hinchadas por el soplo del viento que principiaba entonces á ceder. El sol se sumergió al fin en el Océano; el crepúsculo se apoderó de toda la escena, permitiendo aun ver toda la costa obscura, dando un aspecto magestuoso á la vasta estension de las aguas.

Á medida que las sombras iban en aumento, la escena se hacia todavía mas silenciosa: el marinero habia dejado de cantar, y no se oia mas que el ruido de las olas que se estrellaban contra el barco, y su murmullo aun mas débil sobre los guijarros de la costa. El espíritu de Adelina era muy conforme á la calma de la noche: el ruido de las olas la inspiró una melancolía tranquila, y permaneció sentada en la mas profunda meditacion. El momento presente la recordó su viaje por el Ródano, cuando huyendo de la persecucion del marqués de Montalto habia hecho tan grandes esfuerzos para sustraerse al triste destino que éste la reservaba; y entonces como ahora habia visto estender la noche su velo insensiblemente sobre la naturaleza, y se acordaba de las sensaciones desagradables que habian acompañado á la impresion que habian ocasionado estos objetos. Entonces no tenia amigos..... asilo..... no estaba cierta de poder escapar á la persecucion de sus enemigos: actualmente tenia amigos muy tiernos..... un asilo cierto y seguro..... y no esperimentaba los terrores de que estaba agitada en aquel tiempo; pero no obstante, siempre era desgraciada: la memoria de Teodoro..... de Teodoro, que la habia amado tan tiernamente, que habia sufrido tanto por ella, y cuya suerte la era tan desconocida como cuando habia subido el Ródano, la causaba continuas angustias. En este momento la parecia hallarse mas distante que nunca de la posibilidad de tener noticias suyas. Algunas veces concebia una débil esperanza de que quizá habria escapado á la malicia de su perseguidor; pero cuando consideraba el odio y la venganza de éste último, y la severidad de la ley contra un ataque hecho á un oficial superior, esta vislumbre de esperanza se desvanecia y la dejaba sumergida en las lágrimas y el desconsuelo. En tal situacion permaneció hasta que la luna salió del seno del Océano y derramó su luz trémula sobre la superficie de las aguas; pero muy pronto el silencio de la noche la dejó oir una tan dulce armonía, que parecia mas bien á la música de los cielos que á la de los mortales..... heria su oido de un modo tan tierno y tan agradable, que la hizo pasar repentinamente del estado de congoja en que se hallaba al de la esperanza y del amor. Lloró de nuevo..... pero no hubiera cambiado semejantes lágrimas por las del placer y las de la alegría:

miró álrededor y suspiró; no descubrió navío ni chalupa, y como estos sones melodiosos se prolongaban llevados sobre las alas de los vientos, creyó sin duda que venian de la costa. Algunas veces la brisa los llevaba á lo lejos, y volvia á traerlos en seguida con una dulce suavidad. El viento hacia que por algunos intervalos se interrumpiese la música y la melodía que llegaba á sus oidos, hasta que al fin el barco, acercándose gradualmente á la costa, pudo distinguir enteramente la nota de una cancion que la era muy familiar. En vano trató de recordar donde la habia oido: sin embargo su corazon latió casi involuntariamente con alguna cosa que se parecia á la esperanza: continuó escuchando hasta que la brisa la robó de nuevo tan débiles sonidos. Entonces notó con pesar que la nave se alejaba de la costa: al fin ya solo resonaban débilmente los ecos sobre las ondas, hasta que por último, perdiéndose á una gran distancia dejaron de oirse. Permaneció asi largo tiempo sobre cubierta, no queriendo renunciar á la esperanza de oirlos aun, llena su imaginacion siempre de su dulce armonía; pero al fin se retiró á la cámara oprimida de un pesar á que parecia no haber dado motivo esta casualidad.

La salud de Laluc se mejoró en la travesía: sus espíritus se reanimaron, y cuando la nave entró en la parte del Mediterráneo, llamado *Golfo de Leon*, se halló bastante fuerte ya para subir sobre cubierta y gozar de la bella perspectiva que ofrecian las costas movibles, al parecer, de Provenza que se reunian con las lejanas del Languedoc. Adelina y Clara que le miraban con inquietud, se alegraron de verle tan mejorado; y los tiernos cuidados de esta última, la hacian ya anticipar su perfecta curacion. Adelina habia sido engañada con mucha frecuencia en sus esperanzas para abandonarse tan facilmente á ellas; pero sin embargo contaba mucho con el efecto de semejante viaje.

Despues de un viaje agradable de algunos dias, la costa de la Provenza se alejó, y la del Languedoc que hacía largo tiempo limitaba el horizonte, vino á ser el grande objeto de la perspectiva, haciendo que los marineros se acercasen al puerto destinado. Despues del mediodia desembarcaron en una pequeña villa situada al pié de una colina cubierta de árboles que la dominaba á la derecha por una vista del

mar, y á la izquierda las ricas llanuras del Languedoc adornadas de púrpura y de viñedos. Laluc resolvió diferir su viaje hasta el dia siguiente; fue á un pequeño meson que se le indicó á la estremidad del lugar, y trató de contentarse con las comodidades que pudiera ofrecerle.

Á la tarde lo bello del tiempo, y el deseo de ver nuevas escenas, obligaron á Adelina á emprender un paseo. Sintiéndose fatigado Laluc no quiso salir, y Clara se quedó á hacerle compañía. Adelina dirigió sus paseos hasta el bosque que se estendia por las orillas del mar, subiendo á su cumbre. Luego que llegó á ella descubrió la sombría cima de los árboles, y al ver las perspectivas estensas y variadas que ofrecian, permaneció en un éstasis que la era imposible espresar; y sin atender á que el tiempo huía rápidamente, estuvo allí hasta que el sol dejó el horizonte y el crepúsculo tendió su magestuoso velo sobre las montañas. Solo el mar reflejaba ya la moribunda luz del occidente. Adelina abandonándose á un sentimiento escesivo de ternura, repitió ciertos versos que cantaba en otro tiempo á la *venida de la noche*, y despues dejó las alturas siguiendo un

sendero estrecho que conducia á la costa. Hallándose entonces su espíritu susceptible de las bellas impresiones, el canto melodioso del ruiseñor vino tambien á escitar de nuevo su entusiasmo; pero la obscuridad recordó al fin á Adelina la distancia á que se hallaba de la posada, y que tenia que atravesar para llegar á ella un gran bosque. Se despidió de la especie de encantamiento que la habia detenido tan largo tiempo, y siguió la senda á un paso bastante vivo. Despues de haber caminado durante algun tiempo, se perdió, y la obscuridad, cada vez mayor, no la permitió juzgar hácia qué parte se dirigia. Sus temores aumentaron sus dificultades: creyó percibir voces de hombres á alguna distancia, y redobló el paso hasta que se pudiese hallar en la costa sobre la cual parecia estar suspendido el bosque; pero cuando llegó aquí, se encontraba sin aliento. — Se detuvo un poco para recobrarse; escuchó temerosa; pero en vez de las voces de hombres oyó un sonido, ó mas bien los acentos de una música triste, que se propagaba debilmente. — Su corazon siempre sensible á las emociones de la melodia, se enterneció á tales sonidos, y este dulce

encantamiento disipó por algunos instantes su terror. Iba mezclándose al placer una especie de sorpresa, cuando á medida que se acercaba pudo distinguir la música del instrumento y notar era la misma que algunos dias antes habia oido en las costas de la Provenza; pero no tuvo tiempo de formar conjetura; porque el ruido de los pasos se aumentaba, y ella apresuró los suyos mas y mas. Habia salido de la obscuridad de los bosques, y la luna entonces exenta de nubes dejaba descubrir sobre el Océano el puerto y la villa á una cierta distancia. Los pasos que habia oido no tardaron en alcanzarla, descubrió dos hombres; pero pasaron adelante sin fijar su atencion en ella. Creyó reconocer la voz del que entonces hablaba: eran sus sonidos tan familiares á su oido, que se sorprendió de su falta de memoria que no la dejaba reconocer al momento al que los pronunciaba. Oyó otros pasos y una voz áspera que la mandó detenerse, y volviendo al punto la vista, descubrió imperfectamente á un hombre vestido de marinero que la renovó la misma órden. Llevada del terror echó á huir todo lo largo de la costa; pero su carrera

era tímida y trémula, y la del que la perseguia pronta y vigorosa.

Apenas tuvo bastante fuerza para reunirse con los dos hombres que acababan de pasar é implorar su proteccion antes de ser alcanzada por el pícaro, que se volvió á entrar de repente en el bosque sobre la izquierda y desapareció.

Estaba de tal modo alterada Adelina, que no pudo responder á las preguntas de los estranjeros que la sostenian sino hasta que una esclamacion repentina, y el oir mentar su nombre, atrajo sus ojos sobre la persona que le pronunciaba; y á la luz de la luna que daba sobre su rostro, reconoció al señor Verneuil. -- Entonces ámbos esperimentaron una satisfaccion mútua á la cual se siguieron algunas esplicaciones.

Supo por Adelina que Laluc y su hija estaban en la posada, por lo que tuvo un doble placer en conducirla á ella: tambien la dijo que habia encontrado á un antiguo amigo en Saboya, al que presentó bajo el nombre de Mauron, que le habia empeñado á variar de camino acompañándole á las costas del Mediterráneo. Se habian embarcado en la Provenza hacia algunos dias, y acababan de desembarcar en la tierra del

señor Mauron. Adelina ya no dudó fuese la flauta que tocaba algunas veces el señor Verneuil la que la habia causado tanto placer en el Languedoc, y que habia oido desde el mar.

Cuando llegaron al meson hallaron á Laluc con mucha inquietud por Adelina, en cuya busca habia enviado á muchas personas. Su inquietud dió lugar á la sorpresa y al placer cuando la vió con el señor Verneuil: sus ojos brillaron de alegría de un modo estraordinario al ver á Clara. Despues de las felicitaciones mútuas el señor Verneuil, manifestó el pesar que le causaba las pocas comodidades que sus amigos hallarian en la posada, y el señor Mauron les convidó al momento á que viniesen á su casa con tal calor, que destruyó todos los escrúpulos que la delicadeza y aun el orgullo podrian sugerir.

Los bosques que Adelina habia atravesado hacian parte de su hacienda que se estendia casi hasta la posada: pero insistió en que sus huéspedes no fuesen á pié, y partió al momento para enviarles su coche, y dar las órdenes para su recibimiento. La presencia del señor Verneuil y la urbanidad de su amigo, dieron á

Laluc una estraordinaria alegría: conversó con un vigor y vivacidad que hacia largo tiempo no habia mostrado, y la sonrisa de su satisfaccion, que Clara hizo advertir á Adelina, espresó cuán adelantada y mejorada se hallaba ya su salud con este viaje. Adelina respondió á su mirada con una sonrisa no tan confiada; porque atribuia su vivacidad actual á una causa mas pasajera.

Cerca de una media hora despues de la partida del señor Mauron, un muchacho trajo recado de parte de un caballero que entonces se hallaba en la posada y que pedia permiso para hablar á Adelina. El hombre que la habia perseguido en la costa se representó al momento á su imaginacion, y no dudó fuese algun agente del marqués de Montalto, ó quizá el Marqués mismo, aunque parecia muy inverosimil la hubiese descubierto por casualidad en un lugar obscuro y tan inmediatamente despues de su llegada. Se informó del nombre del caballero, manifestando en los labios y en el rostro una palidez mortal. El muchacho no lo sabia. Laluc preguntó ¿qué clase de hombre era? pero el muchacho poco acostumbrado á

dar señas, dió unas tan confusas, que todo lo que Adelina pudo sacar de ellas fue que no era muy alto, sino de mediana estatura. No obstante, esta circunstancia la convenció de que no era el marqués de Montalto y preguntó á Laluc si la permitia dejar entrar á aquel estranjero. — "Seguramente que sí; y el muchacho se retiró." Adelina esperó temblando hasta que se abrió la puerta y entró Luis La-Motte. Se acercó con un semblante triste y turbado, aunque su rostro manifestó un momento de placer al fijar los ojos en Adelina, que aun era el ídolo de su corazon. Despues de los primeros cumplimientos, habiéndose disipado todos los temores de ésta, preguntó á Luis desde cuando no habia visto á los señores La-Motte."

"Mas bien soy yo quien deberia haceros esta pregunta, dijo Luis, un poco confuso; porque creo no hace tanto tiempo como yo, que los habeis visto; y el placer que tengo de veros es igual á mi sorpresa: no hace mucho tiempo que no he recibido noticias de mi padre; sin duda porque mi regimiento ha mudado de guarnicion."

Sus miradas indicaban que hubiera

deseado saber con quien estaba actualmente Adelina; pero esto era una cosa de que ella no podia hablar en presencia de Laluc. Desvió la conversacion, haciéndola recaer sobre asuntos indiferentes, despues de haber dicho que los señores La-Motte estaban buenos cuando ella los habia dejado. Luis habló poco y miró á Adelina con anxiedad, al paso que su espíritu parecia hallarse atormentado gravemente. Adelina lo notó y acordándose de la declaracion que la habia hecho de su amor al dejar la Abadía, atribuyó el embarazo y la turbacion de Luis al efecto de una pasion mal estinguida; por lo cual aparentó no hacer en esto la mayor atencion. Despues de haber permanecido sentado mas de un cuarto de hora entre unas angustias que no podia vencer ni ocultar, Luis se levantó para marcharse, y al pasar cerca de Adelina la dijo en voz baja. "Concededme os suplico cinco minutos siquiera de conversacion particular." Ella dudó con un poco de confusion, y en seguida le dijo que todos los que habia presentes eran amigos, suplicándole se sentase. — "Perdonadme, la respondió en el mismo tono, lo que tengo que deciros os toca muy de cerca y solo interesa á vos

sola: hacedme favor de oirme un momento." Luis dijo esto con un tono que la sorprendió; y habiendo hecho llevasen luces á otro cuarto pasó á él á oirle.

Luis se sentó y permaneció algunos momentos en silencio, manifestando se hallaba en la mayor agitacion. Al fin dijo: "no sé si deba alegrarme ó afligirme de este encuentro inesperado: sin embargo, con tal que os halleis en seguridad debo ciertamente alegrarme de ello, por muy penoso que sea el deber que tengo que cumplir. Ignoro los peligros que habeis corrido y las persecuciones que habeis esperimentado; pero no puedo menos de manifestar mi inquietud actual.

— ¿Estais ciertamente con amigos?

— "Sí, dijo Adelina, el señor La-Motte os ha informado..... — No, replicó Luis, arrojando un profundo suspiro, no es mi padre....." Aquí se detuvo.

"Pero estoy ciertamente contento de que os halleis en seguridad: respecto á esto me da el mayor placer. ¡Si supiéseis amable Adelina lo que he sufrido!"

— Aquí volvió á detenerse.

— "Creia que teniais alguna cosa importante que decirme, señor, replicó Adelina; perdonad si os recuerdo que no tengo tiempo que perder."

— "Sí, ciertamente, es una cosa muy importante, replicó Luis; pero no sé cómo anunciárosla..... cómo suavizar..... este deber es muy cruel. ¡Ay de mí! ¡Pobre amigo mio!"

— "¿De quién hablais, señor, dijo Adelina con precipitacion?"

Luis se levantó de la silla y se paseó á lo largo del cuarto con pasos desconcertados. — "Querria, añadió, prepararos á lo que tengo que deciros, pero no me hallo realmente capaz de ello."

— "Os suplico no me tengais confusa por tanto tiempo, dijo Adelina, que ya sospechaba con evidencia que era de Teodoro de quien se queria hablar." Luis dudó todavía un poco. "¿Dónde está? ¡oh! ¿Dónde está?..... decidme, yo os lo suplico me digais todo lo peor que pueda haber de una vez, dijo ella con las mas vivas angustias. Me hallo capaz de oirlo todo; sí; puedo....."

— "¡Mi desgraciado amigo, esclamó Luis! ¡oh Teodoro!....." Teodoro, repitió débilmente Adelina, ¿existe todavía?.....

— Sí, dijo Luis, pero..... y se detuvo."

-- "Pero qué! esclamó Adelina temblando: pues que vive nada podeis decirme peor de todo cuanto mi terror me habia inspirado, por lo cual os suplico no os detengais mas..... Luis se sentó de nuevo, y tomando un tono mas sereno, dijo: "vive, señorita, pero está preso, y..... ¿para qué engañaros? Temo le queda bien poca esperanza con respecto á este mundo."

-- "Hace largo tiempo tengo los mayores temores por él, dijo Adelina afectando un semblante mas tranquilo: ¿teneis alguna cosa mas terrible que anunciarme? Yo os suplico de nuevo que os espliqueis enteramente."

-- Todo hay que temerlo de parte del marqués de Montalto, dijo Luis. ¡Ay de mí! ¿Por qué digo yo temerlo? Su proceso está ya terminado; está condenado á muerte." -- Á la confirmacion de sus temores una palidez mortal se esparció sobre el rostro de Adelina: quedó sin movimiento; trató de suspirar, pero se halló casi sofocada y aterrada de su estado, y creyendo Luis que se desmayaba quiso sostenerla; pero ella le desvió con la mano hallándose incapaz de pronunciar una palabra. Luis llamó en su socorro, y Laluc, Clara y el señor

Verneuil informados de la indisposicion de Adelina volaron al momento donde estaba.

Al sonido de su voz levantó los ojos y pareció recuperarse un poco: dió un profundo suspiro y se derritió en llanto. Laluc se alegró de verla llorar y animó sus lágrimas: al cabo de algun tiempo se aliviaron, y luego que se encontró en estado de hablar, Adelina deseó volver al cuarto de Laluc; Luis la acompañó á él, y luego que estuvo mejor quiso retirarse; pero Laluc le suplicó se quedase.

"Sois sin duda, señor, algun pariente de esta jóven señorita, y probablemente la traeis alguna noticia de su padre."

--"No señor," respondió Luis un poco turbado. -- Este señor, dijo Adelina, que entonces habia recobrado todo su ánimo, es el hijo del señor La-Motte de quien me habeis oido hablar." Á Luis le chocó un poco el ser conocido por el hijo de un hombre que en otro tiempo habia obrado tan mal con Adelina; la cual notando al momento la pena que sus palabras le habian causado, se esforzó á suavizar el efecto de ellas, diciendo que La-Motte la habia salvado de un peligro inminente y dádola un asilo durante muchos meses. Adelina

estaba muy impaciente por saber con particularidad la situacion de Teodoro; pero no tenia suficiente valor para renovar la conversacion sobre este objeto en presencia de Laluc. No obstante se aventuró á preguntar á Luis si su regimiento estaba de guarnicion en aquel puerto.

"Respondió que su regimiento estaba en Vaceau, ciudad situada en las fronteras de España; que acababa de atravesar el golfo de Leon con el objeto de ir á Saboya, y que partiria el dia siguiente por la mañana." Nosotros venimos de allí, dijo Adelina, ¿Podré preguntaros á qué parte de la Saboya vais?

-- "Á Leloncourt."

-- ¡A Leloncourt, dijo Adelina con alguna sorpresa!

-- "Yo no conozco el pais, dijo Luis; pero voy á él para servir á mi amigo. Parece que conoceis á Leloncourt."

-- "Seguramente, dijo Adelina."

-- "Pues es probable sepais que el señor Laluc vive allí, y adivinareis fácilmente el motivo de mi viage."

¡Oh cielos! ¡es posible! esclamó Adelina: ¿es posible que Teodoro Peiron sea algun pariente del señor Laluc?

-- "¡Teodoro! ¿qué decís de mi hijo preguntó Laluc con sorpresa?

-- ¡Vuestro hijo! dijo Adelina con una voz trémula; ¡vuestro hijo! "La admiracion y el dolor pintados sobre su rostro aumentaron los temores de este desgraciado padre, que volvió á repetir su pregunta; pero Adelina se halló incapaz de responderle; y la angustia de Luis al descubrir de un modo tan inesperado el padre de su desgraciado amigo, sabiendo que estaba encargado de informarle de la suerte de su hijo, le privó durante algun tiempo del uso de la palabra. Laluc y Clara, cuyos temores se habian aumentado por este triste silencio, repitieron de nuevo sus preguntas.

Al fin el sentimiento de las penas que iba á esperimentar el buen Laluc, sobrepujando toda otra consideracion, Adelina recobró bastante presencia de espíritu para tratar de suavizar la noticia que Luis debia confiarle, y llevarse á Clara á otro cuarto. Allí la informó, del modo mas tierno, de las circunstancias del estado de su hermano, ocultándola no obstante que sabia su sentencia ya pronunciada. En esta relacion

se vió obligada á hacer mencion de su amor: Clara vió en la amiga de su corazon la causa inocente de la ruina de su hermano; y Adelina supo al mismo tiempo la causa que habia contribuido á que Adelina ignorase que Teodoro fuese pariente de Laluc; porque se la informó de que el primero habia tomado el nombre de *Peyron* al entrar en posesion de una tierra que le habia dejado con esta condicion un pariente de su madre. Teodoro en un principio habia sido destinado á la carrera eclesiástica; pero su inclinacion le hizo desear una vida mas activa que la del sacerdocio, y cuando se vió dueño de esta hacienda habia entrado al servicio de la Francia.

En el pequeño número de entrevistas interrumpidas que tuvieron en Caux, Teodoro no habia hablado á Adelina de su familia sino en términos generales; y así cuando fueron tan de repente separados, la habia dejado sin querer en la ignorancia del nombre de su padre y del lugar de su residencia.

La delicadeza del dolor de Adelina, que jamás le habia permitido hablar de estos

objetos, ni aun á Clara, habia contribuido á engañarla por mucho tiempo.

La augustia de Clara al saber el estado de su hermano no tuvo límites: Adelina que por un esfuerzo de espíritu habia llegado hasta darla parte de esta triste noticia con un semblante al parecer tranquilo, se vió oprimido por su dolor y por el de Clara. Entre tanto que ambas lloraban amargamente, pasaba una escena quizá mas sensible entre Laluc y Luis, que creyó necesario instruirle, aunque con precaucion y por grados, de toda la estension de su desgracia. Dijo pues á Laluc que aunque Teodoro habia sido juzgado en el consejo de guerra por haber abandonado su puesto, últimamente se veia condenado por haber hecho armas contra su gefe el marqués de Montalto, que habia presentado testigos para probar el peligro en que se habia hallado su vida en esta ocasion; y que seguido este negocio con el mayor rencor, habia conseguido por fin la sentencia que la ley exigia; por la cual estaban desconsolados todos los oficiales del regimiento.

Luis añadió que esta sentencia debia ejecutarse antes de quince dias, y que Teodoro, sumamente desgraciado por no recibir respuesta á las diferentes cartas que habia escrito á su padre, deseaba verle por la última vez; y sabiendo que no debia perderse tiempo, le habia suplicado fuese á Leloncourt para informarle de su situacion.

Laluc escuchó esta relacion del estado de su hijo con una opresion de corazon que no le permitió derramar una sola lágrima ni espresar la menor queja: preguntó dónde estaba Teodoro; y queriendo ir á verle agradeció á Luis sus fatigas, y pidió al momento caballos de posta.

Fácilmente se le proporcionó un coche; y el desgraciado padre, despues de haberse despedido del señor Verneuil y dado gracias al señor Mauron, partió con su familia para la prision de su hijo. El viage fue muy silencioso; porque cada uno, por consideracion á los demas, trataba de reprimir la espresion de su dolor, no pudiendo hacer otra cosa. Laluc tenia el semblante sereno y

resignado: muchas veces parecia que oraba; pero algunas otras se descubrian sobre su rostro los esfuerzos que hacía para conservar este aspecto de resignacion, aunque queria ocultarle.

CAPITULO CUARTO.

Volvamos pues ahora al marqués de Montalto, que despues de haber hecho se pusiese en prision á La-Motte en D *, y sabiendo que su proceso no se instruiria al momento, habia vuelto á su casa de campo á orillas de la Selva, donde esperaba noticias de Adelina. Al principio formó el plan de seguir á sus criados hasta Lyon; pero finalmente se determinó á esperar aun algunos dias para recibir cartas, cierto de que Adelina, perseguida de tan cerca, no podria escapar, y que se la alcanzaria probablemente antes de que llegase á esta ciudad: sin embargo se vió engañado en sus esperanzas, porque sus criados le informaron que aunque hasta allí la hubiesen seguido no habian podido descubrirla en Lyon ni seguirla mas lejos. Parece que debió su salud sin duda al rio Ródano, en el cual se habia embarcado, porque los criados del Marqués no pensaron en buscarla en el rio.

Poco despues su presencia habia sido necesaria en Vaceau, donde entonces se formaba el consejo de guerra; por lo cual habia ido allí, tanto mas irritado, cuanto se vió engañado en sus esperanzas; y habia hecho condenar á Teodoro. Esta sentencia fue causa de un luto universal, porque Teodoro era muy querido en su regimiento; y cuando se supo la causa del resentimiento del Marqués, todos los corazones se interesaron en su favor.

Hallándose Luis La-Motte al mismo tiempo de guarnicion en esta ciudad, oyó una relacion imperfecta de esta historia, y convencido de que el prisionero era el jóven caballero que en otro tiempo habia visto en la Abadía, resolvió visitarle, en parte por compasion y en parte esperando tener algunas noticias de sus padres. El tierno interés que Luis manifestó, y el celo con que ofreció sus servicios, conmovieron á Teodoro y ganaron su amistad. Luis le hizo frecuentes visitas, y todo lo que la ternura puede inspirar para suavizar sus penas; y á esto se siguió entre embos una estimacion y confianza mútua.

Teodoro comunicó á Luis el principal objeto de su ruina, y este descubrió con un dolor inesplicable que era Adelina á quien el Marqués habia tan cruelmente perseguido,

y que por ella el generoso Teodoro iba á ser conducido al suplicio. Supo tambien que Teodoro era su rival y que era amado; pero ahogó la angustia de los celos que podria haber ocasionado este conocimiento, y no permitió que esta pasion le desviase de los deberes de la humanidad y de la amistad. Preguntó con viveza dónde residia Adelina. Esta aun, á lo que yo creo, en poder del Marqués, dijo Teodoro, dando un profundo suspiro. ¡Oh Dios! ¡Estos hierros! y arrojó sobre ellos una mirada agonizante. Luis permaneció sentado en silencio y pensativo; pero al fin, saliendo de repente de su profunda meditacion, dijo queria ir á casa del Marqués, y dejó al momento la prision. El Marqués entre tanto habia salido para París, donde habia recibido una órden para que compareciese al juicio de La-Motte; y Luis, ignorando aun lo que habia pasado en la Abadía, volvió á la prision, donde se esforzó á olvidar que Teodoro era un rival favorecido y á no mirarle sino como el defensor de Adelina. Hizo tanto con sus ofrecimientos y sus servicios, que Teodoro, que se hallaba tan sorprendido como afligido del silencio de su padre, y deseaba con ardor verle aun por

la última vez, aceptó la proposicion que aquel le hizo de ir á Saboya. "Tengo violentas sospechas, dijo Teodoro de que mis cartas se me han interceptado por el Marqués: si esto es así, mi pobre padre tendrá que sostener todo el peso de esta desgracia en un mismo instante; y á menos de que no me aproveche de vuestra amistad, no podré verle ni oir hablar de él antes de mi muerte. Luis, hay momentos en que mi valor es incapaz de resistir á semejantes golpes, y en que estoy cercano á perder el uso de mis sentidos."

No habia tiempo que perder: la sentencia de muerte estaba ya firmada, y Luis partió al momento para la Saboya. Las cartas de Teodoro habian sido efectivamente interceptadas por el Marqués, que con la esperanza de descubrir el asilo de Adelina, las habia abierto y en seguida hecho pedazos.

Pero volviendo á Laluc, que entonces se acercaba á Vaceau, no exhalaba la menor queja; pero era evidente que su enfermedad habia hecho progresos muy rápidos. Luis, que durante este viaje habia dado pruebas de la bondad de su carácter por las delicadas atenciones que habia tenido con esta

desgraciada familia, aparentó no advertir la decadencia de la salud de Laluc; y para sostener el valor de Adelina trató de persuadirla que sus temores con respecto á esto no eran fundados. Á la verdad ella necesitaba consuelo, porque se hallaba á algunas millas de la ciudad que encerraba á Teodoro; y aunque la agitacion en que estaba la oprimiese bastante, se esforzaba sin embargo á aparentar un semblante sereno. Luego que el coche entró en la ciudad, arrojó una mirada tímida é inquieta para descubrir la prision; pero despues de haber pasado por muchas calles sin ver ningun edificio que correspondiese á la idea que se habia formado de ella, el coche se detuvo delante de una posada. Las frecuentes mutaciones del rostro de Laluc descubrieron la violenta agitacion de su alma; y cuando quiso bajar, se vió obligado á apoyarse en el brazo de Luis, á quien con una voz débil dijo al entrar en el salon: "Ciertamente que me hallo muy malo; pero confio que esto pasará." Luis le apretó la mano sin responder una sola palabra, y se apresuró á ir á buscar á Adelina y á Clara, que ya estaban en el corredor. Laluc enjugó las lágrimas que corrian de sus ojos (eran las

primeras que habia vertido) cuando entraron en el cuarto. "Querria ir al momento á ver á mi pobre hijo, dijo á Luis: vuestro cargo es demasiado desagradable, señor: tened la complacencia de conducirme adonde se halla." Diciendo esto, se levantó para ir; pero débil y oprimido de dolor, tuvo que volverse á sentar. Adelina y Clara se reunieron á suplicarle descansára un poco y tomase algun alimento; y Luis, insistiendo en la necesidad de preparar á Teodoro á esta entrevista, le persuadió tambien á que esperase que su hijo se hallase instruido de su llegada, y dejó al momento la posada para ir á la prision de su amigo. Luego que hubo partido, Laluc, por respeto á aquellos que amaba, trató de tomar algun alimento; pero las convulsiones de su garganta no le permitieron tragar el vino que se ofrecia á sus labios secos, y se puso tan malo que deseó retirarse á su cuarto, donde pasó solo y en oracion los terribles momentos de intervalo de la ausencia de Luis.

Clara apoyada sobre el seno de Adelina, que se habia sentado con la mayor congoja, aunque tranquila en apariencia, se abandonaba á la violencia de su dolor. "Yo perderé tambien á mi querido padre, dijo: ya

lo veo; perderé al mismo tiempo á mi padre y á mi hermano." Adelina lloró durante algun tiempo en silencio con su amiga; y en seguida trató de persuadirla que Laluc no estaba tan malo como lo creia.

--"No me lisonjees con locas esperanzas, replicó ella; seguramente no sobreviviré á esta desgracia; he notado esto desde el principio." Adelina, conociendo que la angustia de Laluc se aumentaria al ver á su hija en este estado, se esforzó á inspirarla mas valor, demostrándola la necesidad de ocultar su dolor en presencia de su padre. "Esto no es imposible, añadió por muy penoso que sea su cumplimiento: puede querida amiga que sea el mio tan grande como el tuyo; pero sin embargo hasta aquí he sido capaz de contenerme, porque amo y respeto al señor Laluc como á mi padre."

Entre tanto Luis habia llegado á la prision de Teodoro, que le recibió con semblante de sorpresa é impaciencia. "¿Qué es lo que os trae tan pronto, dijo: teneis noticias de mi padre?" Luis le instruyó entonces por grados de la circunstancia de la llegada de Laluc á Vaceau. Teodoro al recibir esta noticia esperimentó diferentes emociones. "Mi pobre padre, dijo ha seguido

á su hijo á este lugar de ignominia: quizá no pensaba cuando nos separamos que me hallase en una prision y condenado á muerte." Esta reflexion escitó en él un grado de dolor tal, que durante algun tiempo le privó del uso de la palabra; pero ¿dónde está, dijo Teodoro recobrándose? Ahora que ha llegado temo esta entrevista que tanto deseaba: la vista de su pesar será demasiado terrible para mí: Luis, cuando yo no exista..... consolad á mi pobre padre. Su voz fue interrumpida de nuevo por sus sollozos; y Luis que temia informarle al mismo tiempo de la llegada de Laluc y del descubrimiento de Adelina, juzgó entonces muy á propósito darle este último consuelo.

Los horrores de una prision y de la desgracia se desvanecieron por un momento: al ver entonces á Teodoro se diria que se le habia vuelto la vida y la libertad; pero cuando pasaron sus primeras sensaciones: "no murmuraré ya dijo, ni aun me quejaré de mi suerte, pues sé que Adelina se ha salvado, y al fin veré, aunque por la última vez á mi padre, con lo cual me esforzaré á morir con resignacion." Entonces preguntó si Laluc estaba en la prision: y se le dijo que estaba en una

posada con Clara y Adelina. "¡Adelina! ¡Adelina está aquí tambien!" "Esto escede á mis esperanzas; sin embargo ¿para qué me alegro? Yo no debo ya volverla á ver: éste no es un lugar á propósito para recibir á Adelina." Entonces volvió á caer en un dólor mas profundo; hizo de nuevo mil preguntas con respecto á Adelina, hasta que Luis le recordó que su padre se hallaba sumamente impaciente por verle. Movido entonces de haber retenido tan largo tiempo á su amigo, le suplicó trajese á sus amigos á la prision, y se esforzó á recobrar su valor para esta entrevista próxima.

Cuando Luis volvió á la posada; Laluc se hallaba aun en su cuarto y Clara habiendo dejado la silla para llamarle, Adelina con una impaciencia llena de anxiedad, se aprovechó de la ocasion de informarse mas particularmente de Teodoro, pues que no queria hacerlo en presencia de su desgraciada hermana. Luis se le representó como mas tranquilo que lo que en efecto estaba: esta relacion suavizó en algun modo las angustias de Adelina, y sus lágrimas, hasta ahora contenidas, corrieron en abundancia y en silencio, hasta que Laluc

se presentó. Su rostro habia recobrado la serenidad; pero las señales de un profundo y constante dolor, que escitaba en el espectador una mezcla de compasion y de respeto, se veian bien manifiestas en su semblante. "¿Cómo se halla mi hijo, señor, dijo al entrar en la sala? Vamos al momento á verle."

Clara renovó las súplicas que se habian desechado de acompañar á su padre, el cual insistió en su negativa: "mañana le verás, añadió; pues ahora es preciso que nos encontremos solos en nuestra primera entrevista: quédate pues con tu amiga que necesita de consuelo." Luego que Laluc partió, Adelina, incapaz de resistir á la fuerza de su dolor, se retiró á su cuarto, y se recostó sobre la cama. Laluc caminó en silencio hácia la prision, apoyándose sobre el brazo de su amigo Luis. Era de noche y un triste reverbero suspendido encima de la puerta, se la hizo ver. Luis tocó la campanilla: Laluc casi sofocado se apoyó contra la puerta hasta que salió el portero á quien preguntó Luis por Teodoro, y si se le podia hablar; y diciendo que sí, siguió á este hombre; pero cuando se halló en el segundo patio estaba á punto de desmayarse, y se detuvo: Luis supli-

có al portero fuese á buscar agua; pero Laluc recobrando el uso de la palabra, dijo que se hallaba mucho mejor, y no quiso que se fuese por ella. Algunos minutos despues se halló en estado de seguir á Luis que le condujo por medio de muchos pasillos ó corredores (por no llamarlos galerías) obscuros, y le hizo subir una escalera donde se hallaba una puerta. El ayudante del alcaide habiendo descorrido los cerrojos, le abrió la prision de su hijo. Éste se hallaba sentado delante de una pequeña mesa sobre la cual habia una lámpara que daba una luz débil á este calabozo, muy á propósito para hacer ver su horror y desolacion. Cuando descubrió á Laluc se levantó de su silla, y arrojándose á su padre se encontró en el momento en sus brazos. "¡Padre mio, dijo con una voz trémula!" ¡Hijo mio, esclamó Laluc!....." y ámbos permanecieron por algun tiempo en silencio estrechados uno entre los brazos del otro. En fin Teodoro le condujo á la única silla que habia en el cuarto, y sentándose con Luis al pié de la cama, tuvo el disgusto de observar los estragos que la enfermedad y la desgracia habian hecho en su padre.

Laluc se esforzó muchas veces á hablar; pero no se encontraba en estado de articular una sola palabra: puso la mano sobre su pecho y suspiró profundamente. Temiendo las consecuencias de una escena tan sensible, Luis trató de desviar la atencion del objeto inmediato de su angustia, y rompió el silencio; pero Laluc temblando y quejándose de tener mucho frio, se desmayó, por decirlo así, en su silla. Su situacion sacó á Teodoro del estupor del desconsuelo; y mientras se esforzaba en sostener y reanimar á su padre, Luis corrió á buscar otros socorros. "Yo me hallaré bien pronto mejor, Teodoro, dijo Laluc abriendo los ojos: ésta debilidad ha pasado ya: hace largo tiempo que no estoy bueno; pero este triste encuentro....." Teodoro incapaz de contenerse por mas tiempo, juntó sus manos, y el dolor que se esforzaba hacía largo tiempo á hallar un paso, salió de su seno en sollozos repetidos. Laluc volvió poco á poco en sí, y trató de calmar los transportes de su hijo; pero el valor de éste le habia abandonado enteramente, y solo podia pronunciar esclamaciones y quejas. "Apenas tenia idea dijo,

de que jamás nos hubiéramos hallado en circunstancias tan terribles; ¡pero padre mio, no he merecido una suerte tan cruel! los motivos de mi conducta eran muy justos."

—"Esto es lo que hace mi mayor consuelo, dijo Laluc, y es lo que debe sostenerte en este momento en que la Providencia trata de esperimentarte. El Todopoderoso, que es el juez de los corazones, te recompensará: confia en él, hijo mio, su justicia debe ser en el dia nuestra única esperanza." Diciendo ésto le faltó la voz á Laluc: levantó los ojos al cielo con la espresion de una dulce devocion, mientras que las lágrimas de la humanidad corrian suavemente á lo largo de sus mejillas.

Teodoro aun mas afectado por estas últimas palabras, se separó de él y atravesó el calabozo á pasos largos. La entrada de Luis suministró un socorro á Laluc, que despues de haber tomado un cordial que traia aquel, se encontró mejor para discurrir sobre el objeto que le era mas interesante. Teodoro trató de recobrar un poco la tranquilidad y lo consiguió. Conversó por espacio de mas de una hora

con un semblante al parecer sereno; y Laluc se esforzó durante todo este tiempo á preparar el espíritu de Teodoro por medio de la religion á que arrostrase con valor la hora terrible que se acercaba; pero la apariencia de resignacion á que Teodoro habia llegado, jamás dejaba de desvanecerse siempre que reflexionaba que iba á dejar á su padre víctima de su dolor y á perder á Adelina para siempre. Cuando Laluc iba á marcharse Teodoro hizo mencion de ella: "por muy triste que pueda ser la entrevista en las actuales circunstancias, dijo, no puedo soportar el pensamiento de dejar este mundo sin haberla visto una vez: sin embargo, no sé como suplicarla que se esponga por mí á la angustia de una escena tan terrible como es la de una despedida: decidla que no dejo un solo instante de pensar en ella; que....." Laluc le interrumpió y aseguró que pues lo deseaba tan ardientemente, la veria; aun cuando esta entrevista no pudiese servir sino para aumentar su mútuo dolor.

"Lo sé, lo sé demasiado bien, respondió Teodoro; sin embargo no puedo resolverme á no verla mas y á ahorrarla la

pena que está entrevista debe causarla. ¡Oh padre mio! Cuando pienso en aquellos objetos que es preciso dejar para siempre, mi corazon se despedaza; pero voy á esforzarme y aprovecharme de vuestros preceptos y ejemplo, y á acreditar que vuestros cuidados no han sido inútiles. Mi buen Luis, conducid á mi padre; tiene mucha necesidad de vuestra asistencia: ¡cuán deudor soy á este generoso amigo, añadió Teodoro! vos lo sabeis, señor -- Si lo sé, respondió Laluc y jamás podré recompensar los servicios que te ha hecho: ha contribuido á sostenernos á todos; pero tú tienes mas necesidad de consuelo que yo, " y así que se quede contigo; yo me volveré solo. "

Teodoro no quiso permitirlo, y Laluc no oponiendo ya resistencia alguna, se abrazaron de un modo afectuoso, y se separaron por esta noche.

Luego que llegaron al meson, Laluc consultó con Luis sobre los medios de hacer llegar lo mas pronto que fuese posible un memorial á manos del Rey para tratar de salvar á Teodoro: su distancia de París y el corto intervalo entre la época de la sentencia y su ejecucion, hacian este plan

bastante dificil; pero Laluc, imaginando que no era imposible, determinó á pesar de lo débil de su salud emprender tan largo viage. Luis, creyendo que semejante empresa seria fatal al padre, sin ser de alguna utilidad al hijo, trató aunque debilmente de desviarle de esta idea; pero su resolucion estaba tomada. " Si sacrifico el resto de mi vida en servicio de mi hijo, dijo el venerable anciano, no pierdo gran cosa; si consigo salvarle, lo habré ganado todo: no hay tiempo que perder -- quiero partir al momento. "

Al punto queria se le preparasen los caballos de posta; pero Luis y Clara, que entonces habia vuelto de junto al lecho de su amiga, insistieron en la necesidad que tenia de tomar algunas horas de reposo: y al fin se vió obligado á confesar que le era imposible en el momento ejecutar lo que su anxiedad y su amor paternal le sugería y consintió en acostarse.

Luego que se hubo retirado á su cuarto, Clara lloró la situacion de su padre. -- " No sobrevivirá, pues, á este viaje, dijo, está ya muy mudado hace algunos dias. " Luis era de igual modo de pensar, y no pudo lisonjearla con la mas

ligera esperanza : y lo que contribuyó á aumentar sus temores, fue que Adelina estaba de tal modo indispuesta por el dolor que la causaba la suerte de Teodoro y los pesares de Laluc, que temia las mas fatales consecuencias.

Ya se ha visto que la pasion del jóven La-Motte no se habia disminuido en lo mas mínimo por el tiempo ni la ausencia; antes al contrario, la persecucion y los peligros en que se habia visto Adelina, escitaron toda su ternura haciéndola todavia mas amada de su corazon. Luego que descubrió que Teodoro la amaba y que era correspondido, esperimentó todas las angustias de los zelos y de la contrariedad ; porque aunque Adelina le hubiese dicho que no tuviera ninguna esperanza, no habia podido resolverse á obedecerla, y alimentaba en secreto una llama que deberia haber ahogado : sin embargo, tenia bastante nobleza para permitir que su zelo por Teodoro fuese por esta causa menos ardiente solo porque este último fuese su rival favorecido, y se sintió con nueva fuerza y ánimo para ocultar las penas que esta certidumbre le ocasionaba. La pasion que Teodoro habia manifestado por Adelina, la habia hecho aun mas amable á Luis: luego que éste volvió en sí del primer choque de tal contratiempo, cifró toda su gloria en hacer la conquista de estos zelos, conquista conforme á sus principios, que sin embargo no pudo emprenderla sin dificultad ; no obstante, cuando volvió á ver á Adelina ; cuando la vió con la dignidad mas interesante de su dolor ; cuando la vió aunque oprimida bajo el peso de sus males, se esforzaba á suavizar la afliccion de los que la rodeaban, tuvo la mayor dificultad en conservar su resolucion, y pudo á lo menos conseguir el no manifestar los sentimientos que le inspiraba. Cuando por otra parte consideró que sus padecimientos mas agudos provenian de la fuerza de su pasion, deseó mas que nunca ser el objeto de un corazon susceptible de tanta ternura, y Teodoro en prision, Teodoro en medio de las cadenas, fue durante un momento el objeto de su envidia.

Por la mañana cuando se levantó Laluc despues de un sueño corto é interrumpido, halló reunidos en la sala á Luis, Clara y á Adelina, á la cual su indisposicion no la habia impedido darle este

testimonio de respeto y de amor, con el objeto de despedirse de él. Despues de un ligero desayuno, durante el cual su afliccion no les permitió decir cosa alguna, se despidió de sus amigos y entró en la silla de posta seguido de sus lágrimas y de sus súplicas. Adelina se retiró al momento á su cuarto, que su enfermedad la obligó á guardar todo este dia, y á la tarde Clara dejó á su amiga y acompañada de Luis fue á visitar á su hermano, cuyas sensaciones fueron bastante violentas, cuando supo la partida de su padre.

CAPITULO QUINTO.

Volvamos ahora á Pedro La-Motte, á quien despues de haber permanecido algunas semanas en las prisiones de D* se le habia trasladado á París para ser juzgado allí en última instancia, y adonde el marqués de Montalto le habia seguido para deponer contra él. La señora La-Motte habia acompañado á su esposo á la prision de Chatelet. Este último sucumbia bajo el peso de sus desgracias, y todos los esfuerzos de su muger no podian sacarle del letargo de la desesperacion. Aunque hubiese podido justificarse de la acusacion intentada contra él por el Marqués, lo que apenas era probable, se hallaba sobre el teatro de sus primeros crímenes, y en el momento en que saliese de entre las paredes de su prision, seria evidentemente para ser entregado de nuevo á las manos de la justicia.

Las persecuciones del Marqués eran demasiado fundadas, y su objeto de una naturaleza muy seria para dejar de jus-

tificar el terror de La-Motte. Algun tiempo despues de haberse retirado este último á la Abadía de Saint-Clair, el poco dinero que le quedaba lo habia casi agotado, y se halló atormentado con la mas cruel inquietud sobre los medios de subsistir en lo sucesivo. Una tarde que se paseaba solo á caballo en un sitio aislado de la Selva, reflexionando sobre su situacion presente y buscando algun plan para subvenir á las necesidades que se aproximaban, descubrió en medio de los árboles á alguna distancia un hombre á caballo que parecia no hallarse acompañado de persona alguna. Al momento le vino á la imaginacion que robando á este pasajero, evitaria la miseria que le amenazaba. Hacía ya largo tiempo que habia traspasado los límites de la honradez, el fraude le era familiar, y esta idea no la desechó como debiera. Dudó no obstante por algunos momentos; pero cada instante de reflexion dió nuevas fuerzas á la tentacion, y además quizá no se presentaria nunca otra ocasion igual. Miró á todos lados, y no vió mas que á este caballero, cuyo aspecto y porte anunciaban ser un hombre de alta clase. La-Motte armándose de

toda su resolucion se acercó á él y le acometió. Este caballero era el marqués de Montalto, que no tenia armas algunas; pero sabiendo que sus criados no estaban distantes no quiso dejarse robar. Mientras que ámbos estaban en disputa, La-Motte descubrió muchas personas á caballo que entraban en la calle de árboles donde se hallaban, é irritado de la demora y de la oposicion que encontraba, sacó de su bolsillo una pistola que llevaba siempre consigo cuando se desviaba de la Abadía, é hizo fuego al Marqués: éste vaciló y al fin cayó sin movimiento. La-Motte tuvo tiempo suficiente para arrancarle una brillante estrella de su vestido, algunas sortijas de diamantes, y para vaciar sus bolsillos antes de que sus criados llegasen. Éstos se sorprendieron de tal modo, que en vez de perseguir al ladron se apresuraron á socorrer á su amo y La-Motte se escapó.

Se detuvo antes de llegar á la Abadía en un monton de ruinas llamadas *el sepulcro*, de que hemos hablado ya algunas veces, para examinar su presa. Ésta consistia en un bolsillo de setenta luises, una estrella de diamantes, tres sortijas de gran precio, y

el retrato del Marqués en miniatura adornado de brillantes que destinaba á su querida.

La Motte, que algunas horas antes se veia, por decirlo así, desprovisto de todo, manifestó á la vista de este tesoro una inmoderada alegría; pero no fue de larga duracion. Cuando reflexionó en los medios empleados para obtenerle y que habia comprado á precio de la sangre de su semejante las riquezas que contemplaba, esta reflexion le sumergió en la mayor desesperacion. Se miró entonces como un asesino; se estremeció como un hombre que sale de un sueño; y habria querido dar el universo por ser tan pobre y tan inocente como era antes. Examinando el retrato descubrió la semejanza, y creyendo haber privado al original de la vida, le contempló con un dolor inesplicable: la inquietud del temor sucedió á los terrores de los remordimientos; y agitado de yo no sé qué temores, permaneció largo tiempo en el sepulcro, donde depositó finalmente su tesoro, pensando que si su crímen escitase la vigilancia de la justicia, ésta podria hacer que se registrase la Abadía y se descubriesen las joyas. Le fue fácil ocultar

el aumento de su fortuna á la señora La-Motte; porque como jamás la habia dado á conocer exactamente el estado de su caudal, nunca habia tenido la menor sospecha de la estrema pobreza de que estaban amenazados; y como su modo de vivir era el mismo que usaba ordinariamente, se imaginaba que los gastos necesarios para la conservacion de la familia provenian de la fuente acostumbrada. No le fue tan fácil sustraerse de los remordimientos de su conciencia; y así es que se hizo sombrío y pensativo, y las frecuentes visitas que hizo al sepulcro, donde iba en parte para examinar su tesoro, pero mas particularmente para entregarse al horroroso placer de contemplar el retrato del Marqués, escitaron la curiosidad como se ha visto. En la soledad de la Selva donde no habia ninguna variedad de objetos para renovar sus ideas, la de haber cometido un asesinato se veia siempre presente á su imaginacion. — Cuando el Marqués llegó á la Abadía, la admiracion y el terror de La-Motte (que al pronto no supo si era la sombra ó la realidad de una figura humana la que aparecia delante de sus ojos) habian sido repentinamente seguidos del temor del castigo que merecia

por el crímen que habia cometido. Cuando el Marqués, conmovido por su angustia, consintió en hablarle en particular, le informó que habia nacido caballero, y en seguida le hizo mencion de las otras circunstancias de sus desgracias; porque para escitar la piedad habia manifestado tal horror á su crímen y hecho una promesa tan solemne de volver las joyas que aun tenia en su poder, porque no habia gastado mas que una pequeña porcion del robo, que el Marqués al fin le habia oido con una especie de compasion. Este sentimiento favorable, reunido á un motivo de egoismo, habia inducido al Marqués á hacer un compromiso con La-Motte. Teniendo como tenia pasiones violentas y desordenadas, habia visto la belleza de Adelina con una conmocion singular, y resolvió salvar la vida á La-Motte con condicion de que este le sacrificaria á esta desgraciada jóven. La-Motte no habia tenido bastante valor ni virtud para desechar esta condicion: habia vuelto las joyas y consentido en entregar á la inocente Adelina; pero como conocia demasiado bien su corazon para creer que se dejase fácilmente seducir, y como tenia aun hácia ella un cierto grado de

compasion, habia tratado de conseguir del Marqués no precipitase las cosas, y que tratase de destruir poco á poco sus principios ganando su afecto. Este último aprobó y adoptó tal plan; pero el no haber conseguido el éxito de él le habia obligado á hacer uso de las estratagemas de que en seguida se habia servido, y á multiplicar de este modo las calamidades de Adelina.

Tales eran las circunstancias que habian reducido á La-Motte al estado deplorable en que se veia. El dia de la vista de la causa, y de consiguiente de la sentencia, habia llegado entonces, y fue conducido desde la prision al tribunal de Justicia, donde el Marqués se presentó como su acusador. Despues de la lectura de la acusacion, La-Motte, segun el uso, dijo era inocente; y el abogado Nemours, que se habia encargado de su defensa, se esforzó en seguida á demostrar que la acusacion por parte del marqués de Montalto era falsa y maliciosa. Con este motivo hizo mencion de las circunstancias en que este último habia tratado de persuadir á su cliente asesinase á Adelina: añadió despues que el Marqués tenia relaciones íntimas con La-Motte muchos meses antes de su arresto, y que solo

despues de haber frustrado La-Motte la esperanza de su acusador, salvando al objeto de su venganza, el Marqués habia juzgado á propósito acusar á La-Motte del crímen de que entonces se trataba. Nemours hizo ver cuán imposible era que se conservase una correspondencia con un hombre que le habia asaltado y robado; y probó que el Marqués habia tenido relaciones particulares con La-Motte muchos meses despues de la época indicada á la en que se suponia cometido el crímen; que si el Marqués habia tenido intencion de perseguirle, ¿por qué no lo habia hecho inmediatamente al descubrimiento de La-Motte? Y pues que no lo hizo entonces, ¿qué le habia podido obligar á perseguirle tan largo tiempo despues?

El Marqués no replicó á estos argumentos; porque como sobre este artículo habia dirigido su conducta por los planes que tuvo sobre Adelina, no hubiera podido justificarlo sino poniendo en claro unos proyectos que habrian mostrado demasiado todo lo horrible de su carácter, y la maldad de su corazon habria igualmente militado contra su causa; por esto pues se contentó con hacer comparecer muchos de sus criados para probar el ataque de La-Motte y el robo. Estos juraron sin escrúpulo que La-Motte era el ladron, aunque algunos de ellos no le hubiesen visto sino en la obscuridad y corriendo á galope. Cuando se les preguntó con separacion se contradijeron, y por consecuencia su deposicion se desechó; pero como el Marqués tenia aun dos ó tres testigos que producir; cuya llegada á París se esperaba á cada momento, se difirió el juicio por el tribunal y volvió á señalar dia para nueva vista.

La-Motte fue conducido de nuevo á su prision en el mismo estado de desesperacion en que habia salido de ella. Al pasar por uno de los callejones vió á un hombre que se paró para dejarle pasar y que le miró atentamente; La-Motte creyó haberle visto antes; pero como estaba bastante obscuro, no habia podido distinguir sus facciones sino con mucha imperfeccion: por otra parte su ánimo se hallaba muy agitado para tomar interés alguno en este individuo. Luego que hubo pasado, este estrangero preguntó al carcelero quién era La-Motte, y habiéndosele instruido, despues de haber hecho otras muchas preguntas, le suplicó le permitiese hablarle. Como no se hallaba

en prision mas que por deudas, se le concedió lo que deseaba; pero no pudo verle hasta el dia siguiente, porque las puertas se cerraban por la noche. La-Motte halló á su esposa en su cuarto, donde le habia esperado hacia algunas horas para saber el resultado de la causa: ambos deseaban entonces mas que nunca ver á su hijo; pero como este último lo habia previsto demasiado bien, ignoraban la mudanza de su regimiento, porque las cartas que les habia dirigido á Auboina bajo un nombre supuesto, segun su costumbre, habian quedado en el correo. Esta circunstancia hizo que Madama La-Motte dirigiese sus cartas á la última residencia de su hijo, y este en consecuencia, no se hallaba instruido de la desgracia de su padre, ni de la variacion del lugar de su residencia. Sorprendida de no tener respuesta alguna, le envió otra que contenia la relacion de la causa formada contra su esposo, y anunciándole cuanto desearia que su hijo consiguiese una licencia para venir al momento á París. Dirigió tambien esta carta al mismo lugar, puesto que no sabia á qué otra parte dirigirla.

Entre tanto la suerte próxima de La-

Motte se hallaba siempre presente á su espíritu: naturalmente débil y enervado por los placeres, no poseia la firmeza necesaria para mirar este momento terrible á sangre fria.

Mientras pasaban estas cosas en París llegó Laluc á esta ciudad sin contratiempo alguno: despues de un viage que solo habia sostenido por su grande resolucion, se apresuró á arrojarse á los pies del Monarca, y fueron tales las sensaciones que esperimentó al presentar una instancia que iba á decidir de la suerte de su hijo, que solo tuvo fuerza para darla y desmayarse. El Rey recibió el memorial, y habiendo dado órden para que se socorriese á este padre desgraciado, continuó su camino. Se le trajo á su posada donde esperó el resultado de este último esfuerzo.

Adelina durante todo este tiempo habia permanecido en Vaceau en un estado de anxiedad muy violento para su complexion delicada, y la enfermedad que la habia seguido la retuvo casi continuamente en su cuarto. Algunas veces se atrevia á lisonjearse de que el viage de Laluc tendria buen éxito; pero estos cortos intervalos de consuelo solo servian para aumentar con

su contraste el desconsuelo de que se hallaba cercada; y alternativamente atormentada entre estos dos estremos, esperimentaba un suplicio mas cruel que el que produce una absoluta desesperacion.

Luego que se halló mejor, bajó al salon para hablar con Luis que muchas veces la traia noticias de Teodoro, y empleaba todos los momentos que podia robar á los deberes de su estado en consolar á sus afligidos amigos. Adelina y Teodoro no tenian mas esperanza que en él para el poco alivio de que eran susceptibles, y siempre que le veian se apoderaba de sus corazones una especie de placer melancólico. No habia podido ocultar á Teodoro la indisposicion de Adelina, pues que habia sido preciso decirle las razones que hasta entonces habian impedido á esta última conformarse con el violento deseo que tenia de verla tan solo una vez. Hablaba particularmente á Adelina del valor y de la resignacion de su amigo, sin olvidar no obstante hacerla mencion de la ternura que manifestaba siempre hácia él; acostumbrada á sacar su único consuelo de la presencia de Luis, y viendo su constante amistad por el hombre que amaba tan apasionadamente, la

estimacion que hasta entonces le habia tenido se cambió en reconocimiento, y continuó aumentándose por grados.

El valor que inspiraba á Teodoro enmedio de su calamidad, era un poco exagerado; pues era imposible que este último pudiese olvidar los vínculos que le unian á la vida para sufrir su suerte con serenidad; pero aunque tuviese frecuentes y violentos accesos de dolor, trataba en presencia de sus amigos de aparentar un semblante mas sereno. Tenia poca esperanza en el éxito del viaje de su padre; pero no obstante esta dulce esperanza era suficiente para tener á su espíritu en todos los horrores de la incertidumbre hasta que llegase á verlo.

La víspera del dia fijado para la ejecucion, llegó Laluc á Vaceau. Adelina estaba en la ventana, cuando se acercó el coche á la posada. Le vió bajar y entrar en la casa sostenido de Pedro, y en el último abatimiento. Esto la obligó á no formar buen agüero de su semblante y languidez; y oprimida, por decirlo así, bajo el peso de su conmocion salió á su encuentro. Ya Clara estaba con su padre, cuando Adelina entró en el cuarto: se acercó á él; pero temiendo

saber de su boca la confirmacion de la desgracia que su rostro parecia anunciar, le miró de un modo mas espresivo y se sentó, incapaz de pronunciar palabra alguna de la pregunta que tenia deseo de hacerle. Él la alargó la mano en silencio y se sentó en su sitial pareciendo sumergirse en el dolor: sus acciones confirmaron todos los temores de Adelina: esta terrible conviccion la hizo al momento perder el uso de los sentidos, y se sentó sin movimiento, ó por mejor decir, petrificada.

Laluc y Clara estaban demasiado absortos en su propia angustia para notar su situacion; pero poco tiempo despues arrojó un profundo suspiro y se derritió en lágrimas. Aliviada un poco por ellas, sus ánimos volvieron poco á poco á recobrarse, hasta que al fin dijo á Laluc: "es inútil, señor, preguntaros el éxito de vuestro viaje; sin embargo, cuando esteis en estado de decirlo desearia....."

Laluc la hizo señas con la mano. — ¡Ay de mí! dijo: nada tengo que decir mas de lo que adivinais demasiado bien. ¡Mi pobre Teodoro!..... "Su voz se ahogó entre sus sollozos, y durante algunos momentos se siguieron las mas penosas angustias."

Adelina fue la primera que recobró bastante presencia de espíritu para notar la estrema debilidad de Laluc y proporcionarle socorros: le hizo preparar algun alimento, y le suplicó tuviese la bondad de acostarse, y permitir que enviase á buscar un médico, añadiendo que la fatiga que habia esperimentado exigia mucho reposo. "Bien querria, estuviese en mi poder hallarle, querida hija mia; pero no le debo ya buscar en este mundo, sino en otro mejor, que espero no tardaré en verme en él; pero ¿dónde está nuestro buen amigo Luis La-Motte? Es necesario que nos conduzca á la prision de mi hijo....."

El dolor le volvió otra vez á sofocar, y la llegada de Luis trajo á todos un consuelo de que tenian gran necesidad: sus lágrimas le hicieron conocer lo que deseaba saber. Laluc se informó al momento de su hijo; y despues de haber dado gracias á Luis por tanto interés como se tomaba por ellos, le suplicó le condujese á su prision. Luis trató de persuadirle difiriese su vista hasta el dia siguiente, y Adelina y Clara se unieron á él; pero Laluc estaba resuelto á ir allí el mismo dia. — "Su tiempo es muy corto, dijo, dentro de algunas horas no le

veré mas, á lo menos en este mundo: no debo descuidar estos momentos preciosos. Adelina, habia prometido á mi pobre hijo que os veria todavía una vez: no estais en estado ahora de sostener semejante entrevista: voy á tratar de reconciliarle con este contratiempo; pero sino lo consigo, y estais mejor mañana por la mañana, me persuado que hareis todos vuestros esfuerzos para suscribir á todos sus deseos.

Adelina miró con impaciencia y quiso hablar. Laluc se levantó para marcharse; pero apenas pudo llegar á la puerta del cuarto, donde débil y acongojado tuvo que sentarse sobre una silla. "Es preciso ceder á la necesidad, dijo; conozco que no podria caminar mas lejos de aquí: id á verle, La-Motte; decidle que me hallo un poco indispuesto del viaje; pero que iré á verle mañana por la mañana temprano: no le deis ninguna esperanza; preparadle á lo que hay de mas horroroso....." Aquí hubo un intervalo de silencio; pero al fin Laluc, recobrándose, dijo á Clara hiciese preparar la cama, y ella obedeció al momento. Luego que se hubo retirado, Adelina contó á Luis todo lo que habia comprendido demasiado bien, esto es, el mal éxito del viaje de

Laluc. "Confieso añadió que me habia permitido algunas veces esperar fuese algun tanto favorable, y en el dia siento al doble esta calamidad: temo tambien que Laluc no sucumba bajo su peso: ¡está tan demudado despues de su partida para París! decidme vuestra opinion con sinceridad."

Esta mutacion era tan visible, que Luis no pudo negarla; pero se esforzó á apaciguar sus temores, atribuyéndola en gran parte á la fatiga del viaje. Adelina declaró su determinacion de acompañar á Laluc para despedirse de Teodoro. "No sé, dijo, como sostendré esta entrevista; pero es una obligacion que me debo á mí misma y á él de verle por la última vez: la memoria de haber dejado de darle esta última prueba de afecto, me causaria unos remordimientos eternos."

Despues de algunas conversaciones sobre este objeto, Luis fue á la prision, pensando los mejores medios de comunicar á su amigo la triste nueva que tenia que darle. Teodoro la recibió con mas resignacion de lo que se habia imaginado, pues que ya se habia preparado á la muerte con la confesion y sagrada comunion; y le preguntó con impaciencia por qué no veia á su padre y á Ade-

lina; y habiéndosele informado que se hallaba indispuesto, su imaginacion le sugirió lo que podia suceder todavía, y era que su padre habia muerto. Luis trató largo tiempo de persuadirle de lo contrario, y en convencerle de que Adelina no estaba enferma de peligro; sin embargo, luego que le aseguró de que le veria al dia siguiente, se quedó mas tranquilo y suplicó á su amigo no le dejase esta noche: "son estos los últimos momentos que debemos pasar juntos: no puedo dormir; quedáos conmigo y aliviad un poco esta pesada carga: necesito consuelo, Luis, la Religion y vos me le dais. Á la flor de mi edad y unido al mundo por tantos vínculos, no podria dejarle con resignacion si la fé divina no fortaleciese mi corazon y mi esperanza: no podria creer en las historias que nos manifiestan el valor filosófico de que oimos hablar muchas veces; la sabiduría no se halla algunas de ellas en estado de enseñarnos á abandonar un bien con placer: en las circunstancias en que yo me hallo, la vida ciertamente me parecia un bien."

Se pasó la noche en una conversacion turbada, interrumpida algunas veces por largos intervalos de silencio, y otras por

accesos de afliccion y desconsuelo. La luz del dia que debia conducir á Teodoro á la muerte, penetró al fin por medio de las rejas de su prision, y mandó volver al confesor para reconciliarse.

Entre tanto Laluc pasaba una noche terrible sin poder dormir: suplicó al cielo le concediese asi como á Teodoro el valor y la resignacion que necesitaban; pero las angustias de la naturaleza eran demasiado poderosas sobre él y no podia vencerlas. La idea de su esposa y de lo que habria sufrido si hubiese vivido para ser testigo de la muerte ignominiosa que esperaba á su hijo, se presentaba á cada momento á su imaginacion.

Parecia que la suerte se declaraba contra Teodoro; porque es probable que el Rey hubiese accedido á la peticion del desgraciado padre, si el marqués de Montalto no se hubiera hallado en la corte cuando fue presentada. El semblante y la grande afliccion del suplicante habian interesado al Monarca, y en vez de dar el memorial á un Gentil hombre de cámara le habia abierto, y despues de fijar la vista sobre su contenido, habiendo notado que el criminal era del regimiento del marqués de Mon-

talto, se volvió hácia él y se informó de la naturaleza del delito del culpado. El Marqués dió una respuesta tal cual debia esperarse, y el Rey se persuadió de que Teodoro no era digno de perdon.

Volviendo á Laluc que, segun su deseo, habia despertado muy temprano, despues de haber pasado algun tiempo en oracion bajó á la sala donde Luis le esperaba ya para conducirle á la prision: parecia hallarse tranquilo y recogido en sí mismo; pero se veian sobre su rostro las señales del dolor, lo que afligia singularmente á su jóven amigo: mientras esperaba á Adelina, habló muy poco, y pareció hacer grandes esfuerzos para conseguir el grado de valor necesario, á fin de sostener la escena próxima. No pareciendo Adelina, envió al fin á suplicarla se apresurase á bajar, y supo habia pasado muy mala noche; pero que se habia mejorado algun tanto. Efectivamente habia pasado la noche con tal agitacion, que sucumbia bajo el peso de su dolor, y trataba entonces de recobrar bastantes fuerzas y resignacion para sostenerse en este momento terrible: cada instante que se acercaba habia aumentado sus sensaciones; y solo el temor de que se la impidiese volver

á ver á Teodoro la puso en estado de luchar contra los males reunidos de la enfermedad y del dolor.

Al fin fueron con Clara á buscar á Laluc, que acercándose á ella cuando la vió entrar en la sala, tomó á cada una de su mano en silencio. Algunos momentos despues les propuso partir; todos subieron en un coche que les condujo á la puerta de la prision: la multitud habia ya principiado á reunirse; ya se oia un murmullo confuso á medida que se acercaban, y esto era seguramente una vista bien penosa para los amigos de Teodoro. Luis dió la mano á Adelina al bajar: apenas podia sostenerse, y con un paso trémulo siguió á Laluc, á quien el carcelero condujo á la puerta de la prision donde estaba su hijo. Eran entonces las ocho, y la sentencia no debia ejecutarse hasta medio dia; pero ya habia una guardia de soldados en el patio, y esta desgraciada familia al pasar por las calles estrechas encontró muchos oficiales que habian ido á despedirse por la última vez de Teodoro. Al subir la escalera que conducia á su aposento, llegó á los oidos de Laluc, y su corazon se conmovió, el ruido de las cadenas, y le oyó pasearse á largos pasos en

su cuarto, del cual acababa de salir el sacerdote que le auxiliaba. Este desgraciado padre, oprimido por la idea del momento en que iba á presentarse á su hijo, se detuvo, y se vió obligado á apoyarse contra la pared. Temiendo Luis las consecuencias de su pesar en el estado de debilidad en que se hallaba, quiso ir á buscar socorros; pero él le hizo señas de que no se moviese: "me pongo mejor, dijo Laluc; ¡oh Dios mio! sostenme en esta hora terrible:" y algunos instantes despues se puso en estado de continuar.

Cuando el ayudante del alcaide abrió la puerta, el ruido terrible de los cerrojos hizo estremecer á Adelina; pero en el momento se halló á presencia de Teodoro que voló á su encuentro, y la recibió en sus brazos al instante en que iba á desmayarse; y como su cabeza se hallaba apoyada sobre su espalda, contempló aun por una vez aquel rostro que le era tan amado, que tantas veces derramó la alegría en su corazon y que, aunque pálido é insensible parecia esperimentar momentos de delicias. Cuando principió á abrir los ojos, los fijó tristemente sobre Teodoro estrechándole contra su corazon; y solo pudo responderle

por una sonrisa mezclada de ternura y de dolor. Las lágrimas que este se esforzaba á contener, corrian abundantemente de sus ojos, y durante un corto momento todo lo olvidó escepto Adelina. Laluc, que se habia sentado á los pies de la cama, parecia insensible á todo lo que le rodeaba y absorto en su pena; pero Clara que tenia asida la mano de su hermano y la cabeza apoyada sobre su brazo, espresaba altamente los tormentos de su corazon, lo que escitó á que Adelina con una voz débil á suplicarla mirase siquiera á su padre. Sus palabras conmovieron á Teodoro, que puso á Adelina sobre una silla y se volvió hácia Laluc. "Querido hijo mio, dijo éste tomándole la mano y derramando lágrimas, ¡querido hijo mio!" Ambos lloraron en silencio; mas despues de un largo intervalo dijo. "Hubiera querido poder soportar esta hora; pero me hallo muy viejo y muy débil: Dios conoce mis esfuerzos para resignarme, y mi confianza en su bondad."

Teodoro por un grande y repentino esfuerzo de espíritu tomó un aire sereno, y trató con los argumentos mas plausibles de consolar á sus tristes amigos. Laluc apa-

rentó al fin hacerse superior á su dolor, y habiendo enjugado sus lágrimas dijo: "hijo mio, hubiera debido darte mejor ejemplo y practicar mejor los preceptos de valor que tantas veces te he enseñado; pero no volverá ya á sucederme otro caso igual: conozco mis deberes y los llenaré:" Adelina dió un profundo suspiro y continuó llorando.

"Consolaos, amada amiga, no nos separaremos mas que por un corto tiempo, dijo Teodoro: bien pronto nos reuniremos en el cielo con nuestro Padre celestial;" y viendo las lágrimas que corrian por sus megillas, juntando su mano con la de su padre la recomendó fuertemente á la proteccion de este último. "Recibidla, añadió, como el legado mas precioso que yo podria haceros: miradla como á vuestra hija; os consolará cuando yo no exista; ella, ella os suplirá mejor y hará mas que lo que podria hacer vuestro hijo."

Laluc le aseguró que miraba ya y continuaria mirando siempre á Adelina como á su hija. Durante estas horas de afliccion se esforzó á disipar los terrores de la muerte inspirando á su hijo una confianza religiosa en Dios. Su conversacion fue piadosa, racional y consoladora:

no eran las espresiones frias del entendimiento, sino los sentimientos de un corazon que amaba y practicaba hacía largo tiempo los puros preceptos del cristianismo, y de donde sacaba entonces el consuelo que ninguna cosa terrestre podria dispensar.

"Eres jóven, hijo mio, le dijo: aun no has cometido grandes crímenes, puedes pues mirar la muerte sin terror; porque su proximidad solo es terrible á los culpados: conozco que no te sobreviviré largo tiempo, y espero que un Dios de misericordia hará nos encontremos en un estado donde el pesar del infortunio es desconocido de todos, y en donde su justicia cicatrizará nuestras heridas" Hablando así levantaba la vista al cielo; las lágrimas corrian de sus ojos en los cuales brillaba una dulce y fervorosa devocion, y su rostro tenia la dignidad de un ser superior.

"No descuidemos estos momentos terribles, dijo Laluc levantándose; suban nuestras súplicas reunidas hácia aquel que es el único que tiene el poder de consolarnos." Todos se postraron de rodillas; y Laluc oró con aquella sencilla y sublime elocuencia que inspira la verdadera piedad.

Cuando se levantó abrazó á sus hijos uno despues de otro, y cuando llegó á Teodoro le miró con una espresion de ternura y de dolor, que durante algun tiempo no pudo hablar. Teodoro no pudo soportar esta vista; se puso la mano delante de los ojos, é hizo inútiles esfuerzos para ahogar los violentos sollozos que le despedazaban. Recobrando al fin el uso de la palabra suplicó á su padre le dejase: " este estado, dijo, es demasiado violento para nosotros; no le prolonguemos mas; el tiempo se acerca. Permitid que me tranquilice, y que solo piense en mis culpas y en la misericordia de mi Criador: la muerte no tiene cosa mas cruel que la separacion de todos aquellos que amamos; pero cuando esto ha pasado la muerte no es nada."

-- "No te dejaré hijo mio, replicó Laluc; mi pobre hija se irá; pero en cuanto á mí quiero estar contigo hasta tus últimos momentos." Teodoro conoció que esto seria demasiado penoso para ambos, y usó de todos los argumentos que su razon pudo sugerirle para obligar á su padre á que renunciase á su designio; pero este permaneció firme en su resolucion. "No permitiré que el pensamiento de las penas

que puedo sufrir, dijo Laluc, me haga abandonar á mi hijo en el momento en que tiene mas necesidad de mi apoyo: es un deber mio acompañarte, y nada me impedirá hacerlo."

Teodoro aprovechó las palabras de Laluc y dijo. "Pues quereis que me sostenga en mi última hora, os suplico no seais testigo de ella: vuestra presencia, amado padre mio, me despojaría tal vez de todo mi valor..... y haría que se desvaneciese la poca resolucion que puedo esperar tener: no aumenteis mis penas con la vista de vuestra angustia; antes bien permitidme olvidar, si es posible, el amado padre á quien debo dejar para siempre." Las lágrimas corrieron de nuevo, Laluc continuó mirándole con angustia, y al fin le dijo. "Y bien, pues que asi lo quieres, cedo á tus deseos; pues que mi presencia te causaria pena, no iré contigo." Dijo esto con una voz mezclada de suspiros. Despues de un intervalo de algunos momentos abrazó otra vez á Teodoro..... "Es preciso separarnos, dijo; es preciso separarnos; pero esto es solo por muy corto tiempo: no tardaremos en juntarnos en otro mundo mas perfecto. ¡Oh Dios! vos veis hasta el fondo de

mi corazon; veis todo lo que esperimento en este momento cruel." El dolor le sofocó de nuevo la voz: estrechó á Teodoro entre sus brazos; y al fin, aparentando reunir todas las fuerzas, repitió: "¡es preciso separarnos! ¡Oh hijo mio! Á Dios para siempre en este mundo. Dios, por su misericordia infinita, quiera sostenerte y concederte su bendicion: "volvió la espalda como para dejar la prision; pero agoviado del dolor y desfallecido, cayó en una silla que estaba cerca de la puerta que queria abrir. Teodoro, con la afliccion pintada en el rostro, miraba sucesivamente á su padre, á Clara y Adelina, á quien estrechaba contra su corazon: sus lágrimas se confundian juntas. "¡Es posible que sea por la última vez, esclamó! ¡Que sea la última vez que yo contemple este rostro! No le volveré á ver jamás! -- ¡Jamás! ¡Ó dolor inesplicable! Permitidme todavía que pueda verle una sola vez, añadió, ¡una sola vez!" Al decir esto la besó la megilla; pero ella estaba insensible y tan fria como el mármol

Luis que habia salido de la prision poco despues de la llegada de Laluc á fin de no interrumpir con su presencia la triste despedida, volvió á ella: Adelina levantó

la cabeza, y habiendo visto quien entraba volvió otra vez á dejarla caer.

Luis se presentó muy agitado; Laluc se levantó; "es preciso marcharnos, dijo: Adelina, hija mia, haz un esfuerzo Clara.-- Hijos mios, partamos. -- Sin embargo, un último, un último abrazo, y entonces....." Luis se adelantó y le tomó la mano. "Querido, señor, tengo una cosa que deciros: sin embargo, temo hablar." -- ¿Qué quereis decir, replicó Laluc con precipitacion? Ninguna desgracia podria afligirme tanto en este momento; no temais esplicaros.

-- "Me alegro de no tener que esponeros á una nueva prueba con la noticia que quiero daros, replicó Luis. Os he visto soportar la mas grande afliccion con valor; ¿podreis soportar la alegría de la esperanza?" -- Laluc miró á Luis con un semblante de sorpresa: "hablad, dijo con una voz débil." Adelina levantó la cabeza; y temblando entre el temor y la esperanza, examinó á Luis como si hubiese querido penetrar en su alma. Este se sonrió con un aire de satisfaccion: "¡oh! ¿es posible, esclamó esta volviendo en sí? ¡se ha salvado! ¡se ha salvado!" Adelina no dijo mas; pero corrió hácia Laluc que se desmayaba

en una silla, mientras que Teodoro y Clara suplicaron á Luis les sacase de esta cruel incertidumbre.

Luis le informó que habia conseguido del comandante se suspendiese la ejecucion de Teodoro hasta que el Rey diese á conocer su última voluntad; y esto á consecuencia de una carta que habia recibido de su madre aquella mañana, en la cual le instruia de algunas circunstancias estraordinarias que se habian descubierto en el curso de cierto proceso que actualmente pendia en el parlamento de París, circunstancias que comprometian de tal modo la reputacion del marqués de Montalto, que era posible se consiguiese el perdon de Teodoro.

"Estas palabras pasaron con la rapidez del relámpago á los corazones de sus oyentes. Laluc volvió en sí, y esta prision que hacía un momento no ofrecia otra cosa que la escena de la angustia y de la afliccion, solo resonó con los gritos de la alegría y del reconocimiento. Laluc, elevando sus manos al cielo dijo: "¡Gran Dios! ¡Sosténme en este momento como me has sostenido ya! Con tal que mi hijo viva, yo moriré en paz."

Abrazó á Teodoro, y recordando las angustias de su último abrazo, lágrimas de reconocimiento y alegría corrieron todo lo largo de sus mejillas y le hicieron esperimentar sensaciones bien contrarias. Esta suspension momentánea produjo á la verdad un efecto tan maravilloso, y una esperanza tan agradable para lo futuro, que el indulto absoluto de Teodoro no habria podido quizá causar un placer mas vivo en aquel momento; pero despues de las primeras sensaciones, la incertidumbre de la suerte de este último volvió á aparecer en toda su fuerza. Adelina no hizo mencion de sus sentimientos respecto de ésto; pero Clara se lamentó abiertamente de la posibilidad de que su hermano fuese arrancado de entre sus brazos y que su alegría se convirtiese nuevamente en dolor. Una mirada de Adelina la contuvo: sin embargo la alegría se hizo de tal modo la pasion dominante del momento, que las sombras que la reflexion arrojaba sobre sus esperanzas se desvanecieron como los vapores de la mañana por los rayos del sol, y solo Luis fue el único que pareció distraido y pensativo.

Luego que todos se repusieron un poco,

Luis les informó que el contenido de la carta de Madama La-Motte le obligaba al momento á partir á Paris, y que las noticias de que tenia que enterarles miraban particularmente á Adelina, que juzgaria sin duda necesario ir allá tambien luego que su salud lo permitiese. Entonces leyó á sus oyentes, llenos de impaciencia, los pasages de la carta susceptibles de aclarar lo que decia; pero como la señora La-Motte habia omitido muchas circunstancias importantes que creemos necesario dar á conocer, he aquí lo que habia pasado últimamente en París.

Debemos acordarnos de que el primer dia de la causa, La-Motte yendo desde el tribunal de justicia á su prision, habia visto en ella un hombre al cual le habia parecido conocer por las facciones aunque solo le hubiese descubierto en la obscuridad; y este mismo hombre, despues de haberse informado del nombre de La-Motte, habia solicitado se le permitiese hablarle el dia siguiente, á cuya peticion acedió el carcelero; y no es fácil figurarse la sorpresa de La-Motte cuando con la claridad del dia y de su habitacion, reconoció al mismo individuo de cuyas manos habia recibido á Adelina.

Como hubiese hallado tambien á la señora La-Motte en el cuarto, la dijo tenia que comunicar cierta cosa de importancia con su marido, y la suplicaba los dejase solos. Luego que ésta se hubo retirado, dijo á La-Motte, que habia llegado á su noticia era perseguido por el marqués de Montalto; La-Motte le respondió que así era la verdad: "ese es un malvado, dijo el otro; vuestra situacion no es desesperada: ¿deseais vivir?"

—"¿Debe hacérseme tal pregunta?"

—"Estoy informado de que vuestra causa continúa mañana: actualmente estoy preso por deudas; pero si podeis conseguir el permiso de que yo comparezca en el tribunal de justicia con vos, y una promesa de parte de los jueces de que lo que yo revelaré no me comprometerá, descubriré cosas que confundirán al susodicho marqués de Montalto, y probarán que es un malvado en toda la estension de la palabra. Entonces se juzgará hasta qué punto puede ser válida su deposicion contra vos."

La-Motte, que ya tenia un grande interés en oirle, le suplicó se esplicase, y el hombre principió una larga historia de las desgracias que le habian obligado á pres-

tarse á los proyectos del Marqués; pero de repente se detuvo y dijo: "me esplicaré mas largamente cuando haya conseguido del tribunal el permiso que exijo: hasta entonces nada mas puedo decir."

La-Motte no pudo menos de manifestar dudas sobre la verdad de su asercion y una especie de curiosidad por conocer las razones que le obligaban á ser el acusador del Marqués.

— "En cuanto á mis motivos, respondió, son muy naturales, pues no es facil verse uno maltratado sin esperimentar resentimiento, y maltratado sobre todo por un malvado á quien se han hecho servicios demasiado interesantes." La-Motte se esforzó á interesarse por este hombre, y á moderar la violencia con que se espresaba. "Á mí me importa poco que se me oiga; pero sin embargo habló un poco mas bajo." Lo repito, el Marqués ha procedido mal conmigo; hace mucho tiempo que le guardo un secreto; no piensa él que es demasiado importante asegurarse de mi silencio; pues de otro modo habria aliviado mis necesidades. Me hallo preso por deudas; he hecho que se le pidan á mi nombre socorros; pero pues que no ha juzgado á propósito prestármelos, es necesario que sufra las consecuencias de esta negativa: yo os respondo de que no tardará en arrepentirse de haber escitado mi resentimiento."

Entonces se disiparon todas las dudas de La-Motte; y aun por una vez vió ante sí la perspectiva de la vida, y aseguró á Bosse (tal era el nombre del que le hablaba) con mucho ardor que diria á su abogado hiciese todos sus esfuerzos para que pudiera comparecer en justicia como igualmente alcanzar la promesa que exigia. Despues de haber convenido en estas cosas, se separaron.

CAPITULO SESTO.

Bosse consiguió al fin lo que deseaba, por lo que acompañó á La-Motte ante el tribunal.

Luego que este hombre apareció, muchos de los circunstantes observaron la confusion del marqués de Montalto, y particularmente La-Motte que sacó de ella un presagio favorable para sí mismo. "Preguntado Bosse, informó al tribunal que en la noche del 21 de abril del año precedente, un sugeto llamado Juan D' Aunoy, á quien conocia hacia muchos años, vino á su casa, y despues de haber conversado durante algun tiempo sobre su situacion, D' Aunoy le habia dicho conocia un medio por el cual Bosse podria mudar toda su pobreza en riquezas; pero que no diria mas al menos que no se hallase cierto de que quisiese adoptarlo: que el estado de congoja en que se hallaba entonces Bosse, le habia hecho desear conocer qué medio era el que debia sacarle de su miseria, y así suplicó á su amigo con ardor que se

esplicase, y que al cabo de algun tiempo D' Aunoy se franqueó con él diciéndole estaba encargado por un señor (que en seguida manifestó Bosse ser el marqués de Montalto) de sacar á una jóven de un convento y conducirla á cierta casa á algunas leguas de París. "Yo conocia bien la casa que me describió, añadió Bosse, porque muchas veces habia estado en ella con D' Aunoy, que permanecia allí para sustraerse á la persecucion de sus acreedores, aunque pasaba muchas veces la noche en París. No quiso descubrir nada de su proyecto; pero dijo que tenia necesidad de ayuda, y que si mi hermano (que ya es muerto) y yo queriamos agregarnos á él, el que le empleaba no perdonaria medio ni dinero y seriamos bien recompensados. Yo deseé saber mas sobre este asunto; pero se empeñó en guardar silencio, y cuando le dije que me aconsejaria y hablaria á mi hermano, el tal hombre se marchó.

"Cuando volvió á la noche siguiente, mi hermano y yo le dijimos estábamos prontos á prestarle nuestra ayuda en su proyecto, y le acompañamos en consecuencia á su casa. Entonces nos dijo que

la jóven señorita que debia llegar á aquel sitio era una hija del marqués de Montalto y de una señora particular : que su muger habia tomado la niña el dia de su nacimiento y señalado una buena pension para educarla como á su hijo , lo que habia ejecutado hasta su muerte : que á esta jóven se la llevó entonces á un convento destinándola al estado religioso ; pero que cuando estuvo en estado de formar los votos, se habia negado constantemente á hacerlo; cuya circunstancia irritó de tal modo al Marqués, que en el arrebato de su cólera ordenó que si persistia en su terquedad se la sacase del convento para deshacerse de ella de un modo ó de otro; pues viviendo en el siglo podria descubrirse su nacimiento, y por consecuencia comprometer á su madre que aun vivia. "

Bosse fue interrumpido en su narracion por el abogado del Marqués, que sostuvo era ilegal é indecente contar semejante circunstancia, á fin de inculpar á su cliente ; á lo que se le contestó que ni era ilegal ni indecente, porque las circunstancias que ponian en claro el carácter del Marqués, debilitaban la acusacion contra La-Motte. Se mandó á Bosse continuára.

" D'Aunoy le dijo entonces que el Marqués le habia mandado la quitase la vida; pero que él, acostumbrado á verla desde su infancia, no habia tenido bastante valor para ejecutar esta órden, manifestándoselo así por cartas. Que el Marqués entonces le mandó buscase quien ejecutára sus órdenes, y que para este fin nos necesitaba. Mi hermano y yo no estábamos aun tan faltos de humanidad que fuéramos capaces de cometer semejante crímen, y así se lo dijimos á D'Aunoy. No pude menos de preguntarle por qué el Marqués queria hacer morir á su hija mas bien que comprometer á la madre, y contestó que el Marqués jamás habia visto á su hija, y por consiguiente no estaba en el caso de creer la tuviera mucho cariño ni la amase mas que amaba á su madre. "

Bosse continuó contando cuantos esfuerzos habian hecho él y su hermano para enternecer á D'Aunoy sobre la suerte de la hija del Marqués, y añadió que ellos le persuadieron en fin á que escribiese de nuevo al Marqués para que revocase la órden: que D'Aunoy habia ido á París para esperar la respuesta, dejándolos con la jóven en una casa en medio del matorral, donde ha-

bian convenido permanecer en apariencia para ejecutar las órdenes que pudiesen recibir, pero en realidad para salvar la víctima destinada á la muerte.

Es probable que Bosse en este lugar no descubrió su verdadero designio; porque suponiendo hubiese tenido el intento de cometer un asesinato, era natural tratase de ocultarlo: de cualquier modo que sea, aseguró que en la noche del 26 de abril recibió órden de parte de D'Aunoy para que asesinasen á la jóven, que en seguida habia puesto en manos de La-Motte.

Este escuchó el relato de Bosse con la mayor admiracion, y cuando supo que Adelina era hija del Marqués y se acordó del crímen que éste habia tratado de cometer, se estremeció de horror. Continuó entonces la historia, y añadió una relacion de lo que habia pasado en la Abadía entre él y el Marqués, y del designio de éste de hacer perecer á Adelina; dando por positivo que la malicia de la persecucion actual no se habia principiado sino despues que libertó á Adelina de manos del Marqués, y concluyó no obstante diciendo como éste envió al momento emisarios en seguimiento de Adelina, la que era posible hubiese

sido tal vez sacrificada á su sed de sangre.

El abogado del Marqués trató de nuevo de que se desechase esta prueba; pero sus objeciones no fueron admitidas por los jueces. Todo el mundo notó la agitacion estraordinaria del marqués de Montalto durante la deposicion de Bosse y de La-Motte. El tribunal suspendió el juicio de este último; mandó se arrestase inmediatamente al Marqués, y dió órden para que se buscase á Adelina (nombre que se la habia dado por su nodriza y Juan D'Aunoy.)

En su consecuencia el Marqués fue arrestado en nombre del Rey, y constituido en prision hasta que Adelina pareciese, ó que se probase no haber sido asesinada por su órden, y hasta que D'Aunoy confirmase ó invalidase la prueba de La-Motte. La esposa de éste, que por último habia descubierto donde se hallaba de guarnicion su hijo, pudo al fin instruirle de la situacion de su padre y de los progresos del procedimiento; y como creia que Adelina habia tenido la felicidad de escapar de los emisarios del Marqués y estaba aun en Saboya, escribió á Luis para que consiguiese una licencia temporal y pudiese traerla á París, donde su presencia era necesaria para confirmar las deposiciones de

los testigos, y probablemente para salvar la vida de La-Motte.

Luego que Luis recibió esta carta, que llegó el dia que Teodoro debia ser fusilado, fue á casa del comandante para pedir una suspension hasta que se diese á conocer la última voluntad del Rey, fundando su instancia en el arresto del marqués de Montalto, manifestándole la carta que acababa de recibir. El comandante condescendió con esta solicitud, y mandó suspender la ejecucion: y Luis, que á la llegada de la carta no habia querido comunicar su contenido á Teodoro, temiendo darle falsas esperanzas, se apresuró á traerle esta noticia consoladora, como hemos visto.

CAPITULO SEPTIMO.

Al oir la carta de Madama La-Motte, Adelina vió la necesidad de partir al momento á París: la vida de La-Motte, que habia salvado la suya; la vida quizá de su amado Teodoro, eran cosas que la estimulaban á emprender este viaje; y esta jóven que sucumbia hacía poco bajo el peso de la enfermedad y de la afliccion; que apenas podia levantar su débil cabeza, y que solo espresaba los mas débiles acentos, animada actualmente por la esperanza, y fortificada por la importancia de los deberes que tenia que cumplir, se preparó á hacer un viaje rápido de muchos centenares de millas.

Teodoro la suplicó tiernamente mirase su salud, y difiriese este viaje algunos dias; pero ella le respondió con una sonrisa agradable que se veia entonces muy feliz para creer que se hallaba enferma, y que la misma causa que aseguraria su felicidad, aseguraria tambien la continuacion de su salud. Sucediendo de este modo repentinamente la esperanza á los horrores de la

desesperacion, habia producido tal efecto en su ánimo, que llegó á borrarse la cruel impresion que sintió al creerse hija del Marqués y todas las otras reflexiones penosas; y ni aun preveia los obstáculos que podrian suscitarse contra su union con Teodoro en caso que obtuviese su indulto.

Se determinó pues que dentro de pocas horas partiria á Paris con Luis acompañada de Pedro. Estas horas de intervalo se pasaron en la prision con Laluc y su familia.

Luego que llegó el momento de la partida, el valor de Adelina la abandonó de nuevo, y las ilusiones de felicidad desaparecieron. No miraba ya á Teodoro como un hombre á quien se habia arrancado de la muerte, sino que se despedia de él con el triste presentimiento de que no le volveria á ver jamás; y este presentimiento se gravó tan profundamente en su ánimo, que tardó largo tiempo en resolverse á despedirse de él, y luego que lo hizo, aun despues de haber dejado el cuarto, se volvió otra vez para arrojar una mirada sobre él. Al salir segunda vez del cuarto su sombría imaginacion la representó á Teodoro en el lugar del suplicio, pálido y con las angustias de

la muerte: volvió otra vez á él sus tristes ojos; pero sus sentidos se hallaban trastornados de tal modo, que al mirarle creyó que se mudaba su rostro tomando la figura de un espectro; todo su valor la desamparó, y fueron tales las angustias de su corazon, que resolvió diferir su viaje hasta el dia siguiente, aunque por este plazo se veia obligada á renunciar á la proteccion de Luis, á quien la impaciencia de reunirse con su padre no le permitia subscribir á ello. El triunfo de la pasion sin embargo no fue de larga duracion, porque apaciguada todavía por la esperanza, su dolor se disipó, y la razon recobró su ascendiente. Entonces vió de nuevo la necesidad de su pronta partida, y tuvo resolucion para someterse á ella. Laluc hubiera querido acompañarla para implorar de nuevo la clemencia del Monarca en favor de su hijo; pero su gran debilidad y su fatiga no le permitieron emprender otro viaje.

Al fin, Adelina con el corazon oprimido dejó á Teodoro, á pesar de las súplicas que la hacia éste de que no se pusiese en camino en semejante estado de debilidad, y se la acompañó hasta el meson por Clara y Laluc. La primera se separó de su amiga

derramando un diluvio de lágrimas, manifestando mucha inquietud, pero sin esperanza de volverlos á ver pronto. Si Teodoro conseguia su indulto, Laluc habia resuelto ir á buscar á Adelina á París; pero en el caso contrario ésta debia volver con Pedro. Se despidió de ella con la ternura de un padre: Adelina le correspondió con todo el afecto filial, y sus últimas palabras se dirigieron á suplicarle atendiese á su salud. La débil sonrisa que apareció sobre su rostro parecia decirla que su cuidado era inútil, y que seria imposible su restablecimiento.

De este modo dejó Adelina á los amigos que tan justamente amaba, y que hacia tan poco habia encontrado, para volver á París, donde era estranjera, casi sin proteccion, y en donde se veia obligada á parecer en juicio, á atestiguar contra un padre que la habia perseguido con la mayor crueldad. Al salir de Vaceau el coche pasó por delante de la prision: Adelina arrojó una mirada hácia ella; pero sus gruesas paredes y sus ventanas enrejadas parecian destruir todas sus esperanzas; pero Teodoro estaba allí, y apoyándose sobre la portezuela sacó la cabeza y continuó mirando hasta la vuelta de una esquina que hizo

desapareciese enteramente de sus ojos. Entonces se encerró en su coche, y cediendo á la tristeza de su corazon, lloró en silencio. Luis no estaba dispuesto á interrumpirla; porque sus pensamientos se hallaban ocupados de tal modo de la situacion de su padre, que los viajeros caminaron muchas leguas sin proferir una sola palabra.

En París, adonde ahora vamos á volver, habian sido infructuosas todas las investigaciones para encontrar á Juan D'Aunoy. La casa del matorral designada por Bosse estaba abandonada, y ya no iba á los lugares que acostumbraba frecuentar y donde los agentes de la policía le habian esperado. Se dudaba tambien de que viviese, porque se habia ausentado de estos sitios tan frecuentados por él antes del proceso de La-Motte, y era cierto que su ausencia no provenia de lo que entonces pasaba en el tribunal de justicia.

En su prision el marqués de Montalto tuvo todo el tiempo necesario para reflexionar sobre lo pasado y arrepentirse de sus crímenes; pero la reflexion y los remordimientos no entraban en su carácter. Trataba de alejar con impaciencia todo recuerdo susceptible de causarle tristeza, y

se esforzaba á separar para lo sucesivo la ignominia del castigo que le amenazaba. Su buena presencia encubria de tal modo la depravacion de su corazon, que era el favorito de su Soberano, y sobre esta circunstancia única era sobre la que fundaba la esperanza de su seguridad. No obstante se hallaba sumamente descontento de haberse precipitado tanto al deseo de venganza, que le hizo acusar á La-Motte, arrastrándole á una situacion peligrosa, por no decir fatal, pues que sino se hallaba á Adelina se le creeria culpado de su muerte; pero lo que temia mas era la declaracion de D'Aunoy; y para prevenir toda posibilidad de que le perjudicase, habia empleado emisarios secretos, á fin de descubrir el lugar de su retiro y corromperle. Sin embargo, estos no habian tenido mejor éxito que los agentes de policía, y el Marqués llegó al fin á creer que efectivamente habia muerto.

Entre tanto La-Motte esperaba con impaciencia la llegada de su hijo, que debia libertarle de su incertidumbre con respecto á Adelina: su única esperanza de librarse del peligro se fundaba sobre ella; pues que la prueba que se habia dado con-

tra él podria invalidarse por la informacion que ella daria de la maldad del Marqués; y aunque el Parlamento le condenase, aun podria implorar la clemencia del Soberano.

Despues de un viage de muchos dias, durante el cual fue sostenida por las delicadas atenciones de Luis, á quien compadecia y estimaba, aunque no pudiese amarle, Adelina llegó á París. Al momento recibió la visita de la señora La-Motte: este encuentro fue sensible para ambas: un pesar por su conducta pasada causaba á aquella un embarazo que la delicadeza de Adelina hubiera querido ahorrarle; pero el perdon que la pidió fue concedido con tanta sinceridad, que la señora La-Motte se serenó por grados y tuvo menos temor: sin embargo, no le hubiera obtenido tan fácilmente si Adelina hubiese creido que en su conducta obró con intencion deliberada; pero la conviccion de que la necesidad y el terror la movieron, fue el único motivo que la obligó á perdonarla. En esta primera entrevista no se detuvieron en hablar sobre objetos particulares: la señora La-Motte propuso á Adelina fuese á vivir con ella á Chatélet; y Adelina, que mi-

raba una posada como poco decente para una jóven, aceptó su oferta con gusto.

Allí Madama La-Motte la hizo una relacion circunstanciada de la situacion de su marido, y concluyó diciéndola que como su juicio se habia suspendido hasta que se hubiese podido tener alguna certidumbre de los planes criminales del Marqués, y que Adelina podia confirmar la mayor parte de las deposiciones de La-Motte, era probable que el tribunal iba á continuar la instruccion del proceso. Entonces conoció Adelina todas las obligaciones que debia á La-Motte; porque hasta allí habia ignorado que haciendo se evadiese, la habia salvado la vida; y su horror al Marqués, á quien no podia considerar como un padre, y su reconocimiento hácia su libertador se redoblaron haciéndola se apresurase á dar una prueba tan necesaria á las esperanzas de este último. La señora La-Motte la dijo entonces que no era aun demasiado tarde para entrar en la prision de Chatélet; y sabiendo con qué impaciencia deseaba su marido ver á Adelina, la suplicó tuviese la bondad de seguirla; y Adelina, aunque muy cansada, consintió en ello. Luego que Luis volvió de

casa del señor Nemours, el abogado de su padre, á quien se habia apresurado á instruir de su llegada, todos partieron á Chatélet. La vista de la prision recordó y trajo á la memoria de Adelina tan fuertemente la situacion de Teodoro, que con la mayor dificultad pudo llegar hasta el aposento de La-Motte. Cuando este la descubrió, un rayo de alegría se dejó ver sobre su rostro; pero volviendo á caer al momento en su estupor acostumbrado, fijó tristemente los ojos sobre ella, y en seguida sobre Luis, y dió un profundo suspiro. Adelina, en quien las últimas acciones de La-Motte habian borrado toda idea de sus procederes anteriores, le dió las gracias de haberla conservado la vida, y espresó con mucho ardor el deseo que tenia de serle útil; pero su reconocimiento sólo sirvió para oprimirle mas en vez de reconciliarle consigo mismo para que desterrase de la memoria los planes criminales que habia empleado en otro tiempo, y á sentir vivamente los remordimientos de su conciencia. Tratando de ocultar sus sensaciones, habló de su peligro actual, y dijo á Adelina la prueba que se veria obligada á dar en el juicio. Despues de una hora de conver-

sacion con La-Motte, volvió aquella á su habitacion, donde, aunque enferma y fatigada, hizo todos sus esfuerzos para ocultar sus inquietudes con el sueño.

El Parlamento encargado de esta causa se reunió de nuevo algunos dias despues de la llegada de Adelina, y los dos testigos que esperaba el Marqués para corroborar su acusacion contra La-Motte se presentaron tambien. Adelina fue conducida temblando al tribunal, donde el primer objeto que hirió su vista fue el marqués de Montalto, á quien miró entonces con una emocion que la era nueva y que llevaba consigo una mezcla de horror. Cuando Bosse la vió, juró era la misma jóven de que habia hablado; y su testimonio se confirmó por las acciones de Adelina; porque al descubrirle se puso pálida y se apoderó de todos sus miembros un temblor universal. No se halló á Juan D'Aunoy en ninguna parte; y así La-Motte se vió privado de un testigo que podria ser tan esencial á sus intereses. Cuando Adelina se vió precisada á hablar, prestó su declaracion con claridad y precision, y Pedro que la habia conducido desde la Abadía la corroboró. Estas deposiciones producidas eran suficientes

en la inteligencia de muchos de los circunstantes, para probar que el Marqués habia tenido intencion de cometer un asesinato; pero no bastaban para invalidar la prueba de los dos últimos testigos que juraron positivamente haberse cometido el robo, y que La-Motte era el agresor. En consecuencia este último fue sentenciado á pena capital. Al oir su sentencia este desgraciado se desmayó, y los espectadores, que tan singularmente se interesaban en este negocio, manifestaron su compasion con una especie de gemido universal.

En este estado un nuevo objeto llama su atencion y es Juan D'Aunoy que se presenta delante de los jueces; pero su declaracion, aun cuando hubiera sido susceptible de salvar á La-Motte, era ya demasiado tardía. Este volvió á ser conducido á la prision; pero Adelina, á quien esta sentencia afligia hasta el estremo, y que se hallaba bastante indispuesta, recibió órden de permanecer allí durante el exámen de D'Aunoy. Á este hombre se le habia al fin encontrado en las prisiones de una ciudad próxima en que sus acreedores le habian puesto, y de donde el dinero que el Marqués le habia dado para que satisfaciese las

importunidades de Bosse no habia podido sacarle. Sin embargo este último creyéndose olvidado del Marqués habia resuelto vengarse de él, mientras que el dinero destinado para aliviar sus necesidades se habia gastado por D'Aunoy en los placeres y en los desórdenes.

Se careó con Adelina y con Bosse, y se le mandó dijese todo lo que sabia en este negocio misterioso sino queria que se le pusiera en el tormento. D'Aunoy, que ignoraba hasta qué punto se estendian las sospechas hácia el Marqués, y que sabia que su declaracion podia perderle, se mantuvo obstinado en no declarar durante algun tiempo; pero cuando se le puso en el tormento su resolucion le abandonó y confesó un crímen que hasta entonces ni aun se habia sospechado.

Dijo que en el año de 1642, D'Aunoy, acompañado de otro llamado Martigny, y de Francisco Balliere, habian esperado y aprehendido á Enrique marqués de Montalto, hermano de Felipe, y despues de haberle robado y atado á su criado á un árbol, segun las órdenes que tenian, le habian conducido á la Abadía de Saint-Clair en la selva de Fontanville, donde estuvo

detenido hasta que se recibieron nuevas instrucciones de parte de Felipe de Montalto, actualmente Marqués, que entonces se hallaba en sus tierras en una provincia septentrional de Francia: que este último habia ordenado se le diese muerte, y que el desgraciado Enrique fue asesinado en su prision tres semanas despues de su detencion en la Abadía.

Al oir esta deposicion Adelina pensó desmayarse: se acordó del manuscrito que habia hallado y de las circunstancias estraordinarias que acompañaron á aquel descubrimiento: todos sus miembros se estremecieron de horror; y alzando los ojos vió sobre el rostro del Marqués la palidez lívida del crímen; no obstante se esforzó á reunir todas sus fuerzas mientras continuó confesando este testigo.

Luego que se cometió el asesinato, D'Aunoy fue á buscar á su comitente, que le dió la recompensa convenida; y algunos meses despues el Marqués actual le habia entregado la hija de su difunto hermano, todavía en la infancia, á la que condujo á una parte distante del reino, donde tomando el nombre de Saint-Pierre la educó como si hubiese sido hija suya, recibiendo del

Marqués actual una pension considerable porque guardase el secreto.

Adelina, incapaz de resistir por mas largo tiempo á las diversas emociones de que estaba agitado su corazon se desmayó: se la condujo fuera de la sala, y luego que se recobró del desorden que la hubo ocasionado este suceso, Juan d'Aunoy continuando, dijo: que despues de la muerte de su muger habia puesto á Adelina en un convento, mudándola en seguida á otro, donde era la voluntad del Marqués que tomase el hábito, y que su obstinacion en no abrazar el estado religioso habia obligado al Marqués á formar el proyecto de quitarla la vida, y que á este fin la condujo á la casa del Matorral. D'Aunoy añadió que por órden del Marqués habia forjado á Bosse una historia de su nacimiento; pero que habiendo descubierto al cabo de algun tiempo que sus compañeros le habian engañado con respecto á la muerte de Adelina, se habia separado de ellos colérico, aunque tenian resuelto ocultar su evasion al Marqués á fin de gozar de la recompensa de su pretendido crímen. Que no obstante algunos meses despues de esta época recibió una carta del Marqués en la cual le reconvenia

por su infidelidad, prometiéndole una gran recompensa si queria decirle donde se hallaba Adelina; y que en consecuencia de esta carta confesó la habia entregado en manos de un estrangero; pero que no sabia quién era ni donde moraba.

En vista de estas deposiciones Felipe de Montalto fue considerado como delincuente y sentado como tal en los registros de la cárcel, y como culpado de haber hecho asesinar á su hermano. D'Aunoy fue encerrado igualmente en un calabozo de Chatélet, y á Bosse se le obligó á que compareciese como testigo.

Es imposible espresar lo que sintió el Marqués al ver que un proceso escitado por la venganza, habia espuesto sus crímenes de tal modo á los ojos del público, entregándole en manos de la justicia: las pasiones que le habian conducido á cometer un crímen tan horrible como el del asesinato: asesinato tanto mas atroz cuanto que recaia sobre un hombre con quien se hallaba unido por los vínculos de la sangre y por los hábitos de la infancia; las pasiones, digo, que le habian escitado á este abominable crímen, eran la ambicion y el amor á los placeres; la primera estaba mas que su-

ficientemente satisfecha con el título de su hermano, y la última con las riquezas que le ponian en disposicion de entregarse á sus inclinaciones voluptuosas.

El difunto marqués de Montalto, padre de Adelina habia heredado de sus antecesores un patrimonio insuficiente para sostener el esplendor de su rango; pero se habia casado con la heredera de una ilustre familia cuya fortuna suplia ámpliamente al déficit de la suya. Habia sido desgraciado perdiéndola (porque era bella y amable) poco tiempo despues del nacimiento de su hija; y entonces fue cuando Felipe formó el proyecto infernal de asesinar á su hermano. La diferencia de sus caractéres impedia que existiese entre ellos este afecto recíproco que parece exigir el parentesco. Enrique era generoso, pacifico, y estaba dotado de una sana filosofía; el amor á la virtud reinaba en su corazon; en su casa se moderaba la severidad de la justicia sin debilitarse por la compasion: en fin habia dedicado al estudio de las ciencias y cultivado siempre las bellas letras.

Las acciones de Felipe nos han trazado ya los principales rasgos de su carácter. Algunas cualidades brillantes que poseia, solo

servian para hacer sobresalir mas su maldad. Se habia casado con una señora que por muerte de su hermano debia heredar bienes considerables, siendo los principales la Abadía de Saint-Clair y la casa de campo en las orillas de la Selva de Fontanville: sin embargo, su pasion por el lujo y la disipacion, le habian arrastrado muy luego á una multitud de maldades, sugiriéndole cuan ventajoso le seria poseer las riquezas de su hermano. Solo este hermano y su hija podrian oponerse á esta posesion, y ya hemos referido como se deshizo del primero. Parece algo admirable que no hubiese usado de los mismos medios para desbacerse de su hija, á menos de admitir que existia un plan de conservarla para que por un efecto raro de la Providencia tuviese castigo el asesinato de su padre.

Si retrogradamos sobre la multitud de peligros á los cuales se vió espuesta, y las vicisitudes que esperimentó desde su infancia, parece que su conservacion era obra de una cosa superior á la sabiduría humana; y esto nos ofrece un ejemplo admirable de que la Justicia, aunque algunas veces tardía, jamás deja de alcanzar á los malvados.

Mientras que el desgraciado Marqués, padre de Adelina, se hallaba preso en la Abadía, su hermano, que para evitar las sospechas habia permanecido en el Norte de Francia, diferió la ejecucion de su abominable proyecto por una timidez natural á un espíritu que aun no está acostumbrado á semejantes atentados. Antes de dar sus últimas órdenes quiso ver si la fábula que queria esparcir sobre la muerte de su hermano le pondria al abrigo de toda sospecha, y por desgracia lo habia conseguido demasiado bien; porque el criado, á quien no se perdonó la vida sino con el fin de que pudiese referir este suceso, dijo, al parecer con naturalidad, que su amo habia sido asesinado por unos salteadores; y un labrador, que algunas horas despues encontró al criado herido, ensangrentado y atado á un árbol, y que por otra parte sabia que este lugar estaba infestado de ladrones, le habia creido tambien y esparcido á su consecuencia la voz de esto.

Desde este tiempo el Marqués, á quien pertenecia la Abadía en virtud del derecho de su muger, no habia venido á ella mas que dos veces, y esto en épocas bien distantes, hasta que despues de un intervalo

de muchos años descubrió por casualidad que La-Motte habitaba en ella. El Marqués residia ordinariamente en París y en sus estados en el Norte, á escepcion de un mes del año, que comunmente lo pasaba en su hermosa casa de campo á orillas de la Selva, y trataba de olvidar la memoria de su crímen en las varias diversiones de la corte y de la disipacion; pero tenia momentos en que se le representaba la voz de la conciencia, aunque no tardaba mucho en sofocarse con el tumulto del mundo.

Es probable que la noche de su partida precipitada de la Abadía, el triste y lúgubre silencio de la hora, en un lugar que habia sido teatro de su delito, le recordase de un modo demasiado fuerte el asesinato de su hermano, y sugiriese á su imaginacion unos terrores tales que le obligaron á abandonar un lugar manchado con su crímen. Si fue así, no obstante, es cierto que los terrores de la conciencia se habian desvanecido con la obscuridad de la noche, porque al dia siguiente habia vuelto á la Abadía; aunque es de notar que jamás trató de pasar en ella otra noche; pero aun cuando esperimentase terrores momentáneos, nunca eran seguidos de la piedad

ni del arrepentimiento, pues que cuando el descubrimiento del poder de Adelina le causó temores por su propia vida, no habia titubeado en cometer un nuevo crímen, y aun se veia dispuesto á verter la sangre humana. Este descubrimiento se le proporcionó un sello que tenia las armas de su familia, cuyo sello se hallaba en el billete que se encontró por el criado, y que este le habia entregado en Caux. Debemos acordarnos de que despues de haber leido el billete le arrojó lejos de sí con el furor de los celos, pero que despues de haberle examinado de nuevo le guardó silenciosamente en su cartera. La violenta agitacion que le habia causado este terrible descubrimiento, le privó durante algun tiempo de obrar de ninguna manera: mas luego que estuvo bastante recobrado para escribir, lo hizo á D'Aunoy, enviándole una carta, de cuyo contenido ya hemos hecho mérito. D'Aunoy le habia confirmado en sus temores; y sabiendo que la muerte debia ser el castigo de su crímen en caso que el tiempo llegase á descubrir su nacimiento, no atreviéndose ya á fiar de un hombre que le habia engañado, resolvió despues de algunas deliberaciones dar la muerte á Adelina, por lo que habia

ido al momento á la Abadía y dado las órdenes que hemos visto, mas bien por el temor de verse comprometido, que por el deseo de apoderarse de sus bienes.

Como la historia del sello que habia hecho conocer el nacimiento de Adelina es un poco singular, no será fuera de propósito instruir al lector de que Juan D'Aunoy se le habia robado al difunto Marqués con un relox de oro, y no habia tardado en deshacerse de este relox; mas su muger guardó el sello como un juguete, que despues de su muerte llevó Adelina al convento entre sus ropas, y que guardó cuidadosamente, solo por haber pertenecido á una persona que creia ser su madre.

CAPITULO OCTAVO.

Volvamos ahora á seguir nuestra relacion. Adelina fue conducida desde el tribunal de justicia á casa de Madama La-Motte. Esta última se hallaba al mismo tiempo en Chatélet con su marido esperimentando todas las angustias que la sentencia pronunciada contra él era capaz de hacerla sentir. La delicada Adelina, tan largo tiempo hacía oprimida por el dolor y la fatiga, sucumbia, por decirlo así, bajo el peso de las diferentes sensaciones que esperimentaba. Ocupada su imaginacion por el descubrimiento de su orígen, en este momento eran demasiado complicadas para ser susceptible de un análisis. Del estado de huérfana que vivia de los beneficios de los demas, sin familia, con pocos amigos, y perseguida por un enemigo cruel y poderoso, se hallaba de repente descendiente de una ilustre casa y heredera de inmensas riquezas; pero al mismo tiempo sabia que su padre habia sido asesinado en la flor de su edad; asesinado por las órdenes de un

hermano; obligada á comparecer contra este hermano y á causar la muerte de su tio, haciendo castigar el asesinato de su padre.

Cuando se acordaba del manuscrito hallado de un modo tan singular y consideraba que las lágrimas que entonces habia derramado, eran lágrimas que habian corrido por los padecimientos de un padre, es imposible imaginar las sensaciones que agitaban su corazon. Las circunstancias que acompañaron al descubrimiento de los papeles no la parecieron ya haber sido efecto de la casualidad, sino por el poder sobrenatural de la Providencia, cuyos designios son tan grandes y tan justos. -- "¡Óh padre mio! esclamaba, vuestros últimos deseos se han cumplido. El corazon sensible á quien deseabais hacer conocer vuestras penas, las vengará."

Cuando volvió la señora La-Motte, Adelina se esforzó, como tenia de costumbre, á reprimir sus propios sentimientos, á fin de mitigar la afliccion de su amiga. Contó lo que habia pasado en el tribunal de justicia despues de la salida de La-Motte, y por este medio dejó ver una luz momentánea de satisfaccion en el corazon afligido de esta

desgraciada esposa. Adelina procuró por todos los medios posibles recobrar el manuscrito, y se la informó que La-Motte, en medio de la turbacion de su partida, le habia dejado con otras muchas cosas en la Abadía. Esta circunstancia la causó mucho pesar, tanto mas, cuanto creia que estos papeles podrian ser de la mayor importancia en la instruccion de la causa; pero no obstante resolvió, en caso de recobrar sus derechos, hacer buscar el manuscrito con el mayor cuidado.

Por la tarde Luis vino á reunirse con estas dos afligidas. Acababa de dejar á su padre algo mas tranquilo que lo habia estado desde la fatal sentencia, y despues de una cena triste y silenciosa se separaron por aquella noche, y Adelina tuvo todo el tiempo necesario para meditar sobre los descubrimientos de este dia fecundo en sucesos. Las penas de su difunto padre, tales cuales las habia trasladado por su propia mano, hacian la mayor impresion en su espíritu: su relacion la habia afligido en otro tiempo é interesado tanto su imaginacion, que su memoria se acordaba actualmente de todas las particularidades de que hacia mencion; pero cuando reflexionaba

que habia estado en el cuarto en que su padre esperimentó tantos malos tratamientos y donde al fin fue inmolado, que probablemente habia visto el puñal que le hirió, que le habia visto lleno de orin, pero de un orin ensangrentado, la fue imposible suavizar la agonía y el horror de su alma.

El dia siguiente Adelina recibió órden de que se preparase para la vista de la causa del marqués de Montalto que debia principiar al momento que se reuniesen los testigos. Entre estos se hallaba la abadesa del convento que la recibió de manos de D'Aunoy, la señora La-Motte, que se halló presente cuando Bosse obligó á su marido á tomar á Adelina, y Pedro que habia sido, no solamente testigo de esta circunstancia, sino que desde la Abadía la habia acompañado hasta Saboya, á fin de sustraerla al furor del Marqués. La disposicion de la ley impedia á Teodoro y La-Motte que fuesen testigos.

Apenas La-Motte supo el descubrimiento del orígen de Adelina y que su padre habia sido asesinado en la Abadía de Saint-Clair, cuando se acordó y refirió á su muger el esqueleto que habia visto en el cuarto enlosado que conducia á las celdas

subterráneas: el estado en que le habia hallado encerrado en un cofre en lo interior de un cuarto obscuro, no dejó duda á ninguno de ambos de que fuesen los restos del difunto Marqués: sin embargo, la señora La-Motte resolvió no aterrar mas á Adelina con la relacion de esta circunstancia hasta que fuese necesario declarárselo.

A medida que se acercaba el momento de instruir el proceso, la angustia y agitacion de Adelina se aumentaba: aunque la justicia pidiese la vida del asesino, y aunque la ternura y la piedad que la inspiraba la idea de su padre la escitase á vengar su muerte, sin embargo no podia menos de mirarse con horror como el instrumento de esta justicia que debia privar á su semejante de la existencia; y hubo tiempo en que deseaba que el secreto de su nacimiento jamás se hubiese revelado. Si esta sensibilidad en las circunstancias particulares en que se encontraba era una debilidad, era á lo menos una debilidad virtuosa, y que como tal merece ser respetada.

Las noticias que recibia de Vaceau con respecto á la salud de Laluc apenas podian tranquilizarla: los síntomas de que Clara hacía mencion, parecian anunciarla

que se hallaba en el último grado de una consuncion; y su pesar y el de Teodoro con este motivo se pintaban en sus cartas con la vivacidad elocuente que les era tan natural. Adelina amaba y respetaba á Laluc, tanto por su propio mérito, cuanto por la ternura paternal que siempre la habia manifestado; pero aun se le hacia mas amado porque era padre de Teodoro, y el interés que tomaba en su salud no era inferior al que podian tomarse sus hijos. Lo que aumentaba mas y mas su pesar, era la reflexion de que quizá ella habria podido contribuir á acortar sus dias, porque sabia demasiado bien que el dolor que le causó la desgracia de su hijo habia agravado su actual enfermedad. La misma causa fue tambien la que le impidió ir á buscar á la ciudad de Montpeller el alivio que se le habia hecho esperar. Cuando consideraba la condicion de sus amigos, esta consideracion la oprimia; la parecia que su destino era arrastrar á la desgracia á todos aquellos que mas amaba. En cuanto á La-Motte, cualesquiera que fuesen sus vicios, y los designios que en otro tiempo hubiese podido tener contra ella, todos estaban borrados por el servicio que

la hizo últimamente; y creia era de su deber interceder en su favor, prescindiendo de que se sentia movida á ello por su inclinacion natural. En su última situacion apenas esperaba tener algun éxito favorable; pero en caso que el proceso, del cual dependia el restablecimiento de su rango y de su fortuna, por consecuencia de su influencia, se decidiese en su favor, habia resuelto arrojarse á los pies del Rey defendiendo la causa de Teodoro, y pedir el indulto de La-Motte.

Algunos dias antes de la instruccion del mismo proceso se anunció á Adelina que un estrangero deseaba hablarla, y cuando entró en el cuarto donde estaba reconoció al señor de Verneuil: su rostro espresó á un mismo tiempo su sorpresa y su satisfaccion de esta inesperada visita, y le preguntó, aunque con poca esperanza de una respuesta afirmativa, si habia tenido noticias del señor Laluc. "Le he visto, dijo Verneuil: vengo de Vaceau; pero siento no tener nada satisfactorio que deciros sobre su salud. ¡Está tan demudado desde la primera vez que le he visto!....."

Adelina apenas pudo contener sus

lágrimas por estas palabras que la recordaban la memoria de las desgracias que habian ocasionado esta mutacion. El señor Verneuil la entregó un paquete ó pliego de Clara y al presentársele la dijo: "Ademas de esta recomendacion para con vos, tengo un derecho de otra clase que me honro de reclamar, y que quizá justificará el permiso que pido de hablaros de vuestros propios negocios." Adelina le dió las gracias; y Verneuil, con el tono del mas tierno interés, la dijo: que habia oido hablar de los últimos asuntos en que el parlamento de París se ocupaba, y del descubrimiento que la tocaba tan de cerca. "No sé, dijo, si debo felicitaros ó entristecerme con vos en esta triste situacion; pero al menos espero no desechareis todo ó la mayor parte del interés que me anima en todo lo que os concierne, y no puedo negarme al placer de instruiros de que soy pariente, aunque distante de la difunta marquesa, vuestra madre, (porque no puedo ya dudar de que lo fuese vuestra.)

Adelina se levantó precipitadamente y se acercó al señor de Verneuil: la sorpresa y satisfaccion reanimaron su rostro. "¡E-

cierto que veo un pariente, dijo con una voz dulce y trémula! Á un pariente á quien puedo mirar como amigo! Las lágrimas la vinieron á los ojos, recibió en silencio un abrazo del señor Verneuil, y durante algun tiempo su conmocion no le permitió hablar.

Este descubrimiento era tan agradable á Adelina como inesperado. Ella que desde su tierna infancia se habia visto abandonada á los estraños; que habia pasado siempre por huérfana; que no habia conocido á un padre sino habia pocos dias, pero asesinado por el mas cruel de sus enemigos, despues de haber combatido largo tiempo con las diferentes emociones que se precipitaban por decirlo así en su corazon; pidió permiso al señor Verneuil para retirarse hasta que se recobrase un poco. Verneuil quiso despedirse, pero ella le suplicó se quedase.

El interés que el señor Verneuil tomaba en todo cuanto pertenecia á Laluc, interés fortificado por la estimacion y el afecto que habia concebido por Clara, le habia atraido á Vaceau, donde supo el nacimiento y la situacion singular de Adelina. Despues de enterarse de estas particularidades partió al momento para París á ofrecer su proteccion y asistencia á su nueva parienta, y tratar, si era posible, de ser útil á Teodoro.

Adelina volvió poco despues, y entonces pudo sostener una conversacion acerca de su familia; y el señor Verneuil la ofreció su apoyo y sus cuidados en caso de que fuesen necesarios; "pero fio, añadió, en la justicia de vuestra causa, y espero que no tendreis necesidad de auxilio alguno. Vuestro rostro probará bastante vuestro nacimiento á los que conociesen á la difunta marquesa: para prueba de que en este caso mi juicio no ha sido hijo de la preocupacion, es necesario sepais que desde que os ví en Saboya me chocó vuestra semejanza con la marquesa, á pesar de que no conocia á esta sino por su retrato; y creo haber dicho al señor Laluc que me recordábais muchas veces la memoria de una parienta ya difunta; y para mas convencimiento vos misma podeis juzgarlo, añadió Verneuil, sacando una miniatura de su bolsillo: esta era vuestra madre."

Adelina mudó de color y recibió con ansia el retrato: le contempló largo tiempo en silencio y con los ojos bañados de

lágrimas. No era la semejanza la que consideraba, sino el rostro, la dulce y bella figura de su madre, cuyos ojos azules, llenos de una dulce ternura, parecian dirigirse á los suyos, al paso que una suave sonrisa se asomaba á sus lábios. Adelina estrechó el retrato contra los suyos, y le contempló en silencio. Al fin dijo, arrojando un profundo suspiro. "Seguramente esta era mi madre: ¡oh si hubiese vivido! ¡Pobre padre mio! no hubiérais perecido." Esta reflexion la oprimió é hizo derretirse en lágrimas. El señor Verneuil no interrumpió su dolor, sino antes bien la tomó la mano y se sentó sin decir nada cerca de ella hasta que la vió un poco mas tranquila. Mirando aun el retrato Adelina, se lo volvió á presentar en ademan de entregársele como dudosa: "no, la dijo Verneuil: está con aquella persona á quien pertenece." Adelina le dió las gracias con una sonrisa llena de dulzura superior á toda espresion, y despues de alguna conversacion sobre su causa, en la cual suplicó al señor Verneuil la ayudase con su asistencia, éste se retiró, pidiendo permiso para continuar sus visitas. Adelina abrió entonces el paquete que la remitia

Clara, y vió como otras veces los caractéres tan conocidos de Teodoro, esperimentando durante un momento las mismas sensaciones que si se hubiese hallado en presencia, y un sonrosado involuntario se derramó por todo su rostro. Rompió el sello con una mano trémula, y vió las mas tiernas seguridades y los cuidados mas afectuosos de su amor: se detuvo muchas veces para prolongar las dulces emociones producidas por estas reiteradas pruebas; pero mientras sus lágrimas de ternura corrian de sus ojos, la cruel memoria de su triste estado se presentó á su imaginacion, y hacía correr tambien llanto amargo en su pecho.

La felicitaba con una delicadeza particular de la perspectiva que se la presentaba; espresaba todo lo que podia contribuir á animarla y á sostenerla; pero evitaba detenerse sobre su propia situacion; escepto lo necesario para manifestar su reconocimiento al cielo y á la ternura de su comandante, y para decirla que no desconfiaba conseguir su indulto.

Estas esperanzas, aunque espresadas débilmente con el objeto sin duda de consolar á Adelina, no dejaban de producir

el efecto deseado. Ésta cedia á su agradable influencia encantadora ; olvidaba por un tiempo los diversos motivos de cuidado é inquietud de que se hallaba rodeada. Teodoro no hablaba mucho de la salud de su padre : lo que decia no era tampoco para desalentarla tanto como las relaciones de Clara , la cual menos cuidadosa de ocultar una verdad que debia causar pesadumbres á Adelina , espresaba sin reserva todos sus temores y todos sus sentimientos.

CAPITULO NOVENO.

El dia de la vista del proceso esperado con tanta impaciencia , y del que dependia la suerte de tantos individuos , llegó al fin. Adelina , acompañada del señor Verneuil y de la señora La-Motte, se presentó á acusar al Marqués y á D'Aunoy. Bosse, Luis , La-Motte y otras muchas personas fueron testigos en su causa: los jueces eran los mas distinguidos de Francia , y los abogados de una y otra parte sugetos del mayor talento. En una causa de esta importancia es facil imaginarse que el tribunal se llenó de gentes de distincion , y el espectáculo que ofrecia era verdaderamente solemne y magnífico.

Cuando Adelina se presentó en el tribunal, su emocion , mas poderosa que todo el arte del disimulo , aumentando á la dignidad de su natural y porte , la espresion de una suave timidez , la hizo aun mas interesante , y la atrajo la piedad y admiracion de toda la asamblea : cuando se aventuró á alzar los ojos notó que el

Marqués aun no habia llegado, y mientras esperaba su presencia temblando, se levantó un murmullo confuso en una parte distante de la sala. Su ánimo estuvo á pique de abandonarla: la certidumbre de ver luego delante de sí al asesino de su padre la heló de terror y espanto, y tuvo la mayor dificultad en hacer sus mayores esfuerzos para no desmayarse. Un rumor sordo se esparció entonces en el auditorio, notándose un movimiento de confusion, que no tardó en comunicarse al mismo tribunal. Muchos de sus miembros se levantaron; algunos salieron de la sala; todo anunciaba una escena de desórden, y el rumor llegó al fin hasta Adelina de que el marqués de Montalto se moria. En esta incertidumbre se pasó un tiempo considerable; pero el desorden continuaba, y el Marqués no parecia, y á instancia de Adelina el señor Verneuil fue á saber algunas noticias mas positivas.

Éste siguió á una multitud de personas que se dirigian apresuradas hácia Chatelet. Llegó con alguna dificultad á la prision; pero el conserge, á quien habia ganado para entrar en ella, no pudo informarle positivamente sobre el motivo de sus investigaciones; y como se veia obligado á permanecer en su puesto, solo pudo enseñarle vagamente el parage donde estaba el Marqués. Los patios estaban desiertos; pero á medida que se adelantó oyó algunas voces y descubrió muy luego á algunas personas que corrian hácia una escalera al otro lado de un corredor embovedado. Los siguió y supo que efectivamente el Marqués estaba en el artículo de la muerte. La escalera estaba llena de gente; trató de penetrar por medio de la multitud, y despues de muchas dificultades llegó á la puerta de una antecámara que comunicaba con el aposento donde estaba el Marqués y de donde salian muchas personas.

Allí supo que el objeto de sus investigaciones habia ya muerto: sin embargo el señor Verneuil llegó hasta el cuarto donde estaba el Marqués tendido en una cama, rodeado de ministros de justicia y dos notarios que parecia haber oido y estendido su última deposicion. Su rostro estaba ennegrecido con las señales mas horrorosas de la muerte. El señor Verneuil desvió los ojos horrorizado de

este espectáculo, y se informó por fin de que el Marqués habia muerto envenenado.

Parece que convencido de que nada tenia que esperar de su proceso, habia tomado este medio de evitar una muerte ignominiosa. En los últimos momentos de su vida, cuando se hallaba atormentado por la memoria de sus crímenes, resolvió aminorarla tanto cuanto estuvo de su parte; pero despues de haber tragado el tósigo, habia enviado al momento á buscar un confesor y dos notarios, poniendo fuera de toda duda los derechos de Adelina, y dejándola ademas un legado considerable.

En consecuencia de esta declaracion fue poco despues reconocida formalmente como hija y heredera de Enrique, marqués de Montalto, y recobró todas las grandes riquezas de su padre. En seguida fue á postrarse á los pies del Rey para pedir el indulto de Teodoro y de La-Motte. El carácter del primero, la causa por la cual habia aventurado su vida, y las razones que le habian atraido el ódio del Marqués, eran cosas tan notorias y tan evidentes, que es mas que probable que el

Monarca hubiera concedido su perdon á una persona menos amable que á Adelina de Montalto; y así es que Teodoro Laluc obtuvo no solo su indulto; sino tambien en consideracion á su loable conducta para con Adelina fue ascendido poco tiempo despues á un grado muy considerable en el ejército. En cuanto á La-Motte, que habia sido plenamente convencido de robo, y tambien acusado de los crímenes que le obligaron á dejar á París, fue imposible conseguir su total perdon; mas las vivas solicitudes de Adelina y la consideracion del servicio que la habia hecho, suavizaron no obstante la sentencia, condenándole á un destierro. Esta indulgencia apenas la habria servido si la generosidad de Adelina no hubiera sofocado otras persecuciones que iban á recaer sobre él, y concedídole una suma mas que suficiente para mantener su familia en un pais estranjero. Una conducta tan noble hizo tal efecto en su corazon, que habia delinquido mas bien por debilidad que por una depravacion natural, y le inspiró tal remordimiento de las asechanzas que en otro tiempo habia armado á su bienhechora, que se le hicieron odiosos sus pri-

meros hábitos, y su carácter recobró gradualmente los rasgos que probablemente jamás habria perdido sino se hubiera entregado á los placeres y á los atractivos de la capital.

La conducta que acababa de observar Adelina cambió, por decirlo así, en adoracion el amor que Luis la tenia; pero renunció aun hasta la débil esperanza que hasta entonces habia tenido; y como el perdon de Teodoro hacia necesario este sacrificio, se sometió á él sin repugnancia. No obstante resolvió buscar en la ausencia la tranquilidad que habia perdido é hizo consistir su felicidad en la de dos personas que con tan justo título amaba.

La víspera de su partida, La-Motte y su familia se despidieron afectuosamente de Adelina; pasaron á Inglaterra, donde trataban de establecerse; y Luis queriendo alejarse de sus gracias, partió el mismo dia para su regimiento.

Adelina permaneció algun tiempo para arreglar sus negocios. El señor Verneuil la presentó al corto número de sus parientes lejanos que quedaban de su familia. De este número eran el conde y la condesa de D *..... y aquel Amand que habia esci-

tado tanto su compasion y su afecto en la ciudad de Nizza. La esposa cuya muerte sentia era de la familia de Montalto, y la semejanza que habia encontrado entre sus facciones con las de Adelina su prima, no eran enteramente el efecto de la imaginacion. La muerte de su hermano le habia llamado repentinamente á Italia; pero Adelina tuvo la satisfaccion de observar que esta tristeza terrible de que en otro tiempo se hallaba oprimido, habia dado lugar á una especie de resignacion tranquila, y que sobre su rostro se pintaba algunas veces un rayo de alegría.

Los condes de D *..... á quien su bondad y sus gracias habian interesado mucho, la invitaron á que mirase su casa como la suya, mientras permaneciese en Paris.

Su primer cuidado fue el de hacer trasladar los restos de su padre desde la Abadía de Saint-Clair al sepulcro donde descansaban sus antecesores; lo cual se verificó, porque habiéndose formado el proceso á D'Aunoy, que apareció como asesino y fue ajusticiado, en el pié del suplicio declaró donde estaban ocultos los restos del Marqués, que cabalmente era en la habita-

cion enlosada de la Abadía de que ya se ha hecho mérito. El señor Verneuil acompañó á los encargados de buscarlos, y vió traer las cenizas del Marqués á S. Maur, una de sus tierras en una provincia septentrional. Allí se depositaron con una pompa fúnebre conveniente á su rango: Adelina los siguió cubierta de luto; y habiendo tributado este último deber á la memoria de su padre, quedó mas tranquila y resignada. El manuscrito en que estaba pintada la relacion de sus padecimientos se halló en la Abadía, y se le devolvió á Adelina por el señor Verneuil, y aquella le conservó con el piadoso entusiasmo que merecia un depósito tan sagrado. Á su vuelta á París halló allí á Teodoro Laluc, que habia llegado de Montpeller: no obstante el placer de este encuentro se turbó un poco por las noticias que traia del estado de su padre, cuyo estremo peligro le habia impedido volar adonde estaba Adelina desde el momento en que habia conseguido su libertad, para darla las gracias de haberle conservado la vida. Ella le recibió entonces como al hombre á quien debia su conservacion, y como al amante que merecia y poseia efectivamente toda su

ternura. La memoria de las circunstancias en que se habia encontrado actualmente y sus angustias mútuas, hacia mas deliciosa la felicidad de los momentos actuales; pues que ya no teniendo ante los ojos la horrorosa perspectiva de una muerte ignominiosa y de una separacion eterna, solo descubrian en el porvenir dias risueños que les aguardaban en que podrian caminar juntos por los floridos senderos de la vida. El contraste que les ofrecia la memoria de lo pasado y la vista de lo presente, les arrancaba muchas veces lágrimas de ternura y de reconocimiento al Ser Supremo, y la dulce sonrisa que parecia salir del rostro de Adelina alegraba el corazon de Teodoro, y le recordó una cancioncilla que en otro tiempo habia compuesto en diferentes circunstancias, la que cantó acompañándose de un laud al son de la mas dulce armonía.

La pasion que Adelina tenia por Teodoro, la habia hecho negarse á muchos amantes que la atrajeron su belleza, sus virtudes y sus riquezas; pues que aunque infinitamente eran superiores en fortuna al hijo de Laluc, no lo eran ciertamente al lado de su mérito y el de su familia.

Las diferentes emociones tumultuosas que los últimos sucesos habian suscitado en el corazon de Adelina estaban ya calmadas; pero la memoria de su padre dejaba siempre en su alma un vislumbre de melancolía que solo podia borrar el tiempo; por lo cual se negó á acceder á las instancias de Teodoro, de unirse con los vínculos sagrados del matrimonio, hasta que el tiempo que habia fijado para el luto hubiese espirado. La necesidad de reunirse á su regimiento obligó á este último á dejar á París quince dias despues de su llegada á la capital; pero llevaba consigo la promesa de obtener la mano de Adelina tan pronto como ésta dejase el luto, y por consiguiente partió á su destino enteramente satisfecho.

El estado precario del señor Laluc era para Adelina una fuente continua de inquietud; por lo que se determinó á acompañar á Verneuil, amante declarado de Clara, á Montpeller, adonde Laluc habia ido luego que su hijo fue puesto en libertad. Se preparaba á emprender este viaje cuando recibió de su amiga unas noticias muy satisfactorias sobre la mejoría de Laluc; y como sus asuntos exigian todavía su pre-

sencia en París, renunció por entonces á su plan, partiendo solo el señor Verneuil.

Luego que el proceso de Teodoro tomó un aspecto mas favorable, el señor Verneuil escribió á Laluc para comunicarle el secreto de su corazon con respecto á Clara. Laluc que estimaba y amaba á Verneuil, y que no ignoraba sus relaciones de familia, se alegró mucho de las proposiciones de este último: Clara dijo que jamás habia visto persona por quien sintiese mas viva inclinacion, y el señor Verneuil recibió una respuesta favorable á sus deseos, lo que le obligaba á hacer el viaje de Mompeller.

La vuelta de su tranquilidad y el clima de Mompeller, hicieron en favor de Laluc todo lo que sus amigos mas sinceros hubieran podido desear, y al fin se halló bastante fuerte para ir á visitar á Adelina al castillo de S. Maur. Clara y el señor Verneuil la acompañaron, y la paz que en seguida se hizo entre la Francia y la España permitió muy pronto á Teodoro reunirse á esta feliz compañía. Luego que Laluc fue restituido en medio de todo lo que mas amaba, reflexionó los males á que ha-

bia escapado, y contemplando la felicidad de que iba á gozar, su corazon se esplayaba con las mas dulces emociones hácia Dios, dándole infinitas gracias por tantos beneficios como le habia dispensado y á su familia, y su rostro venerable cubierto de la espresion de la alegría, ofrecia un perfecto cuadro del siglo de oro.

CAPITULO DIEZ.

Adelina rodeada de personas tan queridas no tardó en alejar de sí la melancolía que la habia causado la suerte de su padre; recobró toda su vivacidad natural, y luego que dejó los vestidos lúgubres que su piedad filial la habia hecho tomar, dió su mano á Teodoro. La ceremonia del matrimonio celebrado en S. Maur fue honrada con la presencia de los condes de D°..... Laluc tuvo la felicidad de asegurar el mismo dia los lisonjeros destinos de sus dos hijos, uniendo igualmente á Clara con el señor Verneuil. Luego que se terminó la ceremonia los bendijo y abrazó á todos con las lágrimas del amor paternal. "Yo os doy gracias, esclamó: ¡oh gran Dios! de haberme permitido ver esta hora. Cuando os digneis sacarme de este mundo le dejaré sin pensar."

"¡Ojalá podais largo tiempo bendecir á vuestros hijos, replicó Adelina!" Clara besó la mano de su padre, y lloró. "¡Oh sí, largo tiempo, repitió con una voz trémula!"

Laluc se sonriyó con un aire de complacencia, é hizo recaer la conversacion sobre un objeto menos sensible.

Entretanto se acercaba el tiempo en que Laluc juzgaba necesario volver á ejercer los deberes de su Parroquia, de que tan largo tiempo habia estado ausente. La señora Laluc, su hermana, que le habia cuidado en Mompeller adonde vino durante su enfermedad, y que despues se habia vuelto á Leloncourt; se quejaba tambien de la soledad á que se veia reducida; y esto era para su hermano un doble motivo para apresurar su partida. Teodoro y Adelina que no podian soportar la idea de separarse de su venerable padre, trataron de persuadirle que abandonase su casa y viniese á vivir á Francia con ellos; pero fue en vano, porque tenia mucho afecto á Leloncourt, y hacia largo tiempo que era el consuelo y la felicidad de sus feligreses: estos le respetaban y amaban como á un padre, y él los miraba como á sus hijos. El afecto que le habian manifestado el dia de su partida no lo tenia olvidado, y habia hecho una grande impresion en su alma; y no podia sostener la idea de abandonarlos en el momento en que el cielo acababa de colmarle con sus

beneficios. "Es muy dulce vivir para ellos, dijo, y quiero tambien morir entre ellos." Un sentimiento de una naturaleza aun mas atractiva (que el filósofo incrédulo no le dá el nombre de felicidad, y el hombre sensato no le mira como imposible); un sentimiento mas tierno aun, atraia á Laluc, y eran los restos de su esposa que reposaban allí.

No queriendo Laluc quedarse en Francia, Teodoro y Adelina, para quienes los placeres variados y tumultuosos que París ofrecia eran inferiores á los domésticos de la escogida compañía de Leloncourt, resolvieron acompañarle con los señores Verneuil. Adelina arregló todos sus negocios de modo que pudiesen pasar sin residir en Francia, y despues de haberse despedido afectuosamente de los condes de D*..... como igualmente del señor Amand, que habia recobrado algun tanto su alegría ordinaria, partió con sus amigos para la Saboya.

Las sonrisas mas deliciosas salian de los labios de Clara á medida que se acercaba á las perspectivas tan queridas y á los placeres de su infancia, y Teodoro mirando frecuentemente por la portezuela, veia con un en-

tusiasmo patriótico los paisages magníficos y variados que ofrecian sucesivamente las montañas.

Era ya muy tarde cuando llegaron á algunas millas de Leloncourt, y el camino real dando vuelta á una roca escarpada, les ofreció la vista del lago y la pacífica habitacion de Laluc. Una esclamacion de alegría anunció este descubrimiento, y un rayo de placer brilló en los ojos de todos.

Laluc felicitó á su familia por su feliz llegada á sus hogares, y dió gracias en silencio al Ser Supremo de haberle permitido volver tambien. Adelina continuó contemplando estos objetos que la eran tan conocidos, sonriendo y reflexionando en las vicisitudes del pesar y del placer que habia esperimentado despues que los habia visto, y en la maravillosa mudanza de su condicion. Su corazon se enagenaba de placer y de reconocimiento: miraba á Teodoro á quien habia llorado en estos mismos lugares como perdido para siempre, y cuando le halló fue al punto de arrancársele para toda una eternidad por una muerte ignominiosa; pero ahora le veia sentado á su lado, al abrigo de todo peligro y como su esposo querido, la gloria de su familia y la suya;

y mientras que las lágrimas que corrian de sus ojos espresaban la sensibilidad de su corazon, una sonrisa de ternura, superior á toda espresion, le hacia conocer las sensaciones que esperimentaba Teodoro: éste la apretó dulcemente la mano respondiéndola con una mirada llena de amor.

Pedro que se acercó entonces al coche, galopando, con el semblante lleno de alegría y con un aire de importancia, interrumpió una série de sentimientos que se habia hecho, por decirlo así, demasiado interesante. "¡Oh mi querido amo, esclamó! Seais bien venido otra vez á vuestro pais. ¡He aquí el Lugar, Dios nos le conserve! Vale un millon de veces mas que París; gracias al señor Santiago, todos hemos llegado sanos y salvos."

Esta efusion de alegría del honrado Pedro fue recibida y correspondida cual merecia. Á medida que se acercaron al lago, oyeron el son de una música prolongada por las aguas, y descubrieron muy luego una multitud de paisanos reunidos sobre el verde cesped que bajaba hasta las orillas del lago, adornados con sus vestidos del domingo, danzando todos juntos. Esta era una de las tardes de un dia de fiesta.

Los ancianos se habian sentado á la sombra de los árboles que cubrian esta pequeña eminencia comiendo leche y frutas, y mirando saltar á sus hijos al son del tamboril y la gaita, á los que se reunian los sonidos mas suaves del bandolin.

Pedro se presentó el primero, y fue al momento rodeado de una porcion de sus compatriotas, que sabiendo que su querido pastor se acercaba, corrieron á su encuentro: sus vivas y sinceras espresiones de alegría llenaron el corazon de Laluc de la mas dulce satisfaccion: los recibió con la ternura de un padre, y no pudo menos de derramar lágrimas á esta prueba de su afecto. Cuando los jóvenes paisanos de uno y otro sexo supieron su llegada, la alegría se hizo tan general, que guiados por el tamboril y la gaita danzaron delante del coche hasta la casa de Laluc, donde recibieron de nuevo á él y á su familia con las sonatas mas alegres. La señora Laluc salió á la puerta á recibirlos, y jamás se vió una familia con mayor contento.

Como la noche era hermosa, se cenó en el jardin. Luego que se acabó la cena, Clara, cuya alegría se hallaba en su colmo propuso se bailase á la luz de la luna. "Será

esto muy delicioso: los rayos de la luna se ven ya reflejar sobre las aguas; ved que corriente de luz derraman por medio del lago, y como brillan alrededor de este pequeño promontorio que está á la izquierda. La frescura de la noche convida igualmente al baile."

Todos consintieron en su proposicion. "Que se haga tambien entrar á las buenas gentes que tan bien nos han recibido, dijo Laluc, que todos participen de la felicidad. Pedro, trae mas vino y pon las mesas debajo de los árboles." Pedro volaba, y mientras se ponian las mesas y sillas en la alameda, Clara fue á buscar su laud favorito que en otro tiempo la habia causado tanto placer; y del que Adelina habia sacado tan frecuentemente espresiones melancólicas. La mano ligera de Clara recorrió todas las cuerdas, y acompañándose, cantó varias estancias á una hermosa noche alumbrada por la luna, cuyos dulces rayos se reflejaban sobre las aguas.

Pedro, cuyo celo llegaba al estremo, habia puesto ya las mesas bajo los árboles y traido mil cosas, y en poco tiempo se vieron cubiertas de paisanos. La gaita y el tamboril, á instancia de Clara, se pusie-

ron á la sombra de sus queridas acacias, sobre las orillas del lago, y principiaron á oirse los sonidos de la música. Adelina rompió el baile: las montañas repitieron los gritos de la alegría y de los mas armoniosos sonidos. El venerable Laluc se sentó en medio de los ancianos, y mirando esta escena y á sus hijos y á sus feligreses tan reunidos formando una gran familia, corrian de sus ojos con frecuencia y regaban sus megillas las lágrimas mas dulces, hijas de las sensaciones deliciosas que esperimentaba su corazon.

Todos estaban entregados de tal modo á la alegría que el dia principiaba ya á alumbrar la escena y la fiesta, cuando cada paisano volvió á su casa bendiciendo la benevolencia de Laluc.

Despues de haber pasado algunas semanas con Laluc, el señor Verneuil compró una casa en el lugar de Leloncourt; y como fuese la única que habia de venta, Teodoro buscó otra habitacion en las cercanías. Compró, pues, una casa de campo á algunas leguas de distancia sobre las deliciosas orillas del lago de Ginebra, donde sus aguas forman una pequeña bahía.

Allí, despreciando la pompa de la fal-

sa felicidad, y gozando las delicias de un amor acrisolado por la mas tierna amistad, rodeado de unos amigos que tanto amaba, y unidos por una sociedad escogida é ilustrada; allí en el seno de la felicidad, vivian Teodoro y Adelina Laluc.

La pasion de Luis La-Motte cedió al fin al poder de la ausencia y de la necesidad: amaba siempre á Adelina; pero era con la ternura pacífica de la amistad. Cuando se rindió á las instancias de Teodoro para que viniese á verlos, vió su felicidad con una satisfaccion pura que no dejaba vislumbrar la señal mas mínima de envidia: en seguida se casó con una señora de Ginebra, muy rica, y habiéndose retirado del servicio de Francia, se estableció en las orillas del lago, y aumentó los placeres de la sociedad de Adelina y de Teodoro.

Su vida pasada ofreció un egemplo de pruebas bien duras, y su vida presente un modelo de virtudes, grandemente recompensadas; y continuaron mereciendo esta recompensa, porque su felicidad no se limitaba á esto solo, sino que hacian se estendiese á todos los individuos que vivian en la esfera de su influencia: el indigente

y el desgraciado hallaban apoyo en su benevolencia: el hombre virtuoso é ilustrado se honraba con su amistad, y sus hijos, de tener unos padres cuyo ejemplo imprimia en sus corazones los preceptos que ofrecian en su alma.

Fin de la Obra.

CONTINÚA

LA LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.

D. Gurmesindo Requejo, Dean de Cuenca.
Doña María Francisca Nuñez.
D. José Anguito de Ochoa.
D. Manuel Pascual.
D. Francisco Luis Compañel, por dos ejemplares.
El Marqués de Silva.
D. Casto Diaz.
D. Juan Hurtado.
Doña Vicenta Doncel.
D. Antonio Perez de Valdés.
Doña María Salcedo.
D. Máximo Lobera.
D. Francisco Delgado.
D. Cayetano de Carmona.

D. Andrés Garrido.
D. Faustino Gil Velasco.
D. José Berindoaga.
D. Antonio Driget de Canseco.
D. Vicente Blanco, del comercio de libros de Salamanca, por cuatro ejemplares.
D. Juan Manuel Gonzalez.
D. Ignacio Conte.
D. Julian Sanchez.
D. Manuel Sainz de la Calzada.
D. José García de Angulo.
D. Antonio Melendez.
D. José Pavon.
D. Antonio García de Mesa.
D. José García, por cuatro ejemplares.
D. Julian Muñoz.
D. Ramon Calvete, del comercio de libros de la Coruña, por trece ejemplares.
D. Pedro Francisco Alvarez.
Doña María del Rosario Cordero.
D. Andrés Iranzo.
D. Francisco Chaves v Artacho.
D. Perfecto Valdés Argüelles.
D. Francisco Losada.
D. José Guntin.
D. Manuel Fernandez.
Don Bartolomé Caro, del comercio de libros de Sevilla, por seis ejemplares.

D. Clemente Riesgo, del de Santander, por cuatro ejemplares.
D. José Perez.
La señora viuda de Brusi, del comercio de libros de Barcelona, por veinte y cinco ejemplares.
D. Juan García Carrasco.
Fr. Bonifacio de Lisazu.
D. Francisco Rodriguez Lopez.
D. Isidro Pis, del comercio de libros de Plasencia, por cuatro ejemplares.
D. José Gabaldon, del de Granada, por seis.
D. Joaquin Roselló.
D. Cosme Alonso Ramos.
Doña Antonia Villaroel.
D. Santiago Alvarez Maraver.
Doña María Josefa Gonzalez Guiral.
D. Felipe Sicilia, por dos ejemplares.
D. Ramon Indar, del comercio de libros de Barcelona, por seis ejemplares.
Doña Juana Arratabe.
D. Mariano de Viú y Carachol.
D. R. P.
Doña Carmen Otero de Figueruela.
Doña Josefa Ariza de Valenzuela.
D. Enrique Gonzalez.
D. Domingo Romeo.
D. Ignacio Rucabado.

D. Antonio Albecia.

Señora viuda de Martinez Aguilar, del comercio de libros de Málaga, por doce ejemplares.

D. José de la Presa.

D. Patricio de los Reyes, del comercio de libros de Salamanca.

D. Fernando Pascual.

Doña Faustina Montaño.

D. Alejandro Lavierna.

Doña Francisca Lapuerta.

Doña Josefa de Pedrero.

D. Pedro Carrancio.

D. Luis Juan Ferrer y Banis.

D. Eustaquio Soriano.

D Pedro Antonio Macía y Bourman.

D. Agustin Villagarcía.

D. Santiago Peralta.

D. Julian Sealta.

D. Salvador Querol.

D. Manuel Casal.

D. Juan Sanchez Marin.

D. Mariano Aznar.

D. Francisco de Paula Ramon, comandante de Marina de Almería.

Doña María Hernandez, del comercio de libros de Toledo, por dos ejemplares mas.